

Editorial **ALFA**

Serie Alfa
Biblioteca Cine Nacional



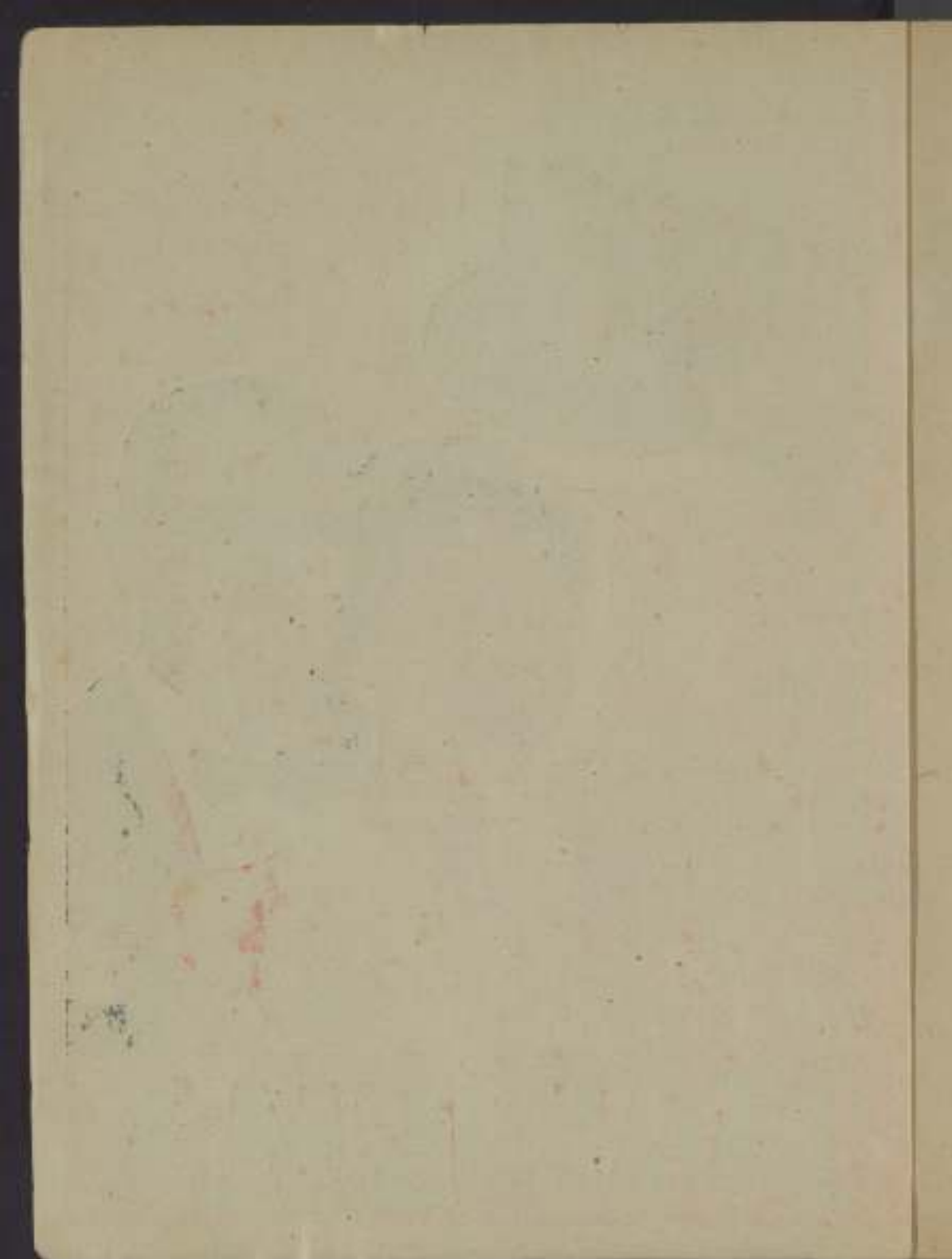
Con
D'ALGY
Conchita
MONTES

MISTERIO

en la

MARISMA







MISTERIO
EN LA
MARISMA

Reservados los derechos de
producción y reproducción

IMPRESA COMERCIAL - MAS y SALA, S. L.
Valencia, 234 - Teléfono 70657
BARCELONA

Biblioteca Cine Nacional

Fundador y Director:

RAMON IALA VERDAGUER

Apartado 707 - Teléfono 70057

EDITORIAL
"ALAS"

Centro de reparto:

Sociedad General

Española de Librería

Calle de Barbacá, núm. 14-16

BARCELONA

AÑO V

SERIE ALFA

Núm. 44

NUM. 26

Misterio en la marisma

EL sueño que atormenta dos vidas se convierte en dulce realidad cuando una aparición que torturaba sus mentes, toma a través de un dulce recuerdo en la soledad y misterio de la marisma. Vencidas todas las dificultades que parecían separar al amor de su único y verdadero camino, el misterio de la marisma queda roto por un amor que ya vivía en el tiempo y que ahora se nos muestra totalmente rejuvenecido.

UNA PRODUCCION SUR FILM, S. A.

Distribuida por:

**DISTRIBUCION
CHAMARTIN**

MADRID - Avda. José Antonio, 22

Sucursales { Barcelona
Valencia
= en Sevilla
y Bilbao

INTÉRPRETES PRINCIPALES

<i>Vera.</i>	CONCHITA MONTES
<i>José Luis.</i>	TONY D'ALGY
<i>Carlos.</i>	Fernando Fernández de Córdoba
<i>Rigal.</i>	Gabriel Algara
<i>Arlette.</i>	Josefina de la Torre
<i>Max.</i>	Luis de Arnedillo
<i>Eloísa.</i>	Maria Teresa Galiana
<i>Clarita.</i>	Lolita Crespo

Argumento y guión:

Claudio de la Torre

Dirección:

Claudio de la Torre

Música de

Salvador Ruiz de Luna

Narración literaria de
Vicente Juan Torregrosa

MISTERIO EN LA MARISMA

RESUMEN ARGUMENTO
DE LA PELÍCULA

VARSOVIA

ANTES de seguir adelante hacia el cielo azul de España, el hermoso sol de Sevilla y el encanto poético y misterioso de las marismas de aquella tierra andaluza llena de bendiciones, vamos a pasear con nuestra mente sobre la bella ciudad de Varsovia; donde están a la sazón los personajes de esta historia y el fantasma que un día lejano, tal vez fué hace un siglo, salió de estas tierras de Andalucía, para sepultarse en la neblina de lluvia que hoy cubre la ciudad.

Un agente de seguros insistía sobre la ventaja de su proposición en el suntuoso vestíbulo de un palacio de magnífico trazado arquitectónico y de aspecto elegantísimo.

El secretario de los moradores del dicho suntuoso palacio rechazaba las ofertas con gesto cansado, pero enérgico.

—No insista. Ya le he dicho que la señora condesa no piensa asegurar ni sus joyas ni su vida.

—¡Qué locura! No asegurar las joyas de la familia Lindorf. Hay incluso algunas piezas históricas, según otros informes.

—A la señora condesa no le interesa que le den una fortuna si las pierde. Lo que le importa es no perderlas.

El agente de seguros no se dió por vencido, y por la terquedad clásica del arte de convencer, imprescindible en el buen agente de su clase, volvió a proponer:

—¿Y su vida? ¿Por qué no la asegura?

—Por la misma razón. Lo que importa es conservarla—replicó el secretario, imperturbable.

El agente, apelando a sus últimos argumentos, trató de convencer:

—Pero el seguro es un ahorro. Hay que pensar en el día de mañana.

—A la señora condesa no le interesa sino el día de hoy.

Y a esta rotunda negativa, el secretario le saludó cortésmente, mientras hacía una seña a un criado para que le acompañara, dando por terminada la entrevista.

El agente se retiró con aire consternado, cruzándose en la misma puerta con un señor que entró con gran familiaridad.

El personaje recién llegado era el señor Rigal, gran amigo y conocido de los poseedores de aquel palacio. La primera impresión que causaba era la del hombre elegantísimo y de gran mundo, bien conservado y de mirada vivaracha y nerviosa, pese a sus seguramente próximos sesenta años. Inquieto y distraído, como así lo daba a entender su vestimenta y sus modales, dejó el sombrero y los guantes sobre una silla. No tuvo que quitarse el abrigo porque venía a cuerpo, con un traje primaveral, a pesar de la lluvia que en aquel mo-

mento azotaba los cristales de las grandes ventanas del vestíbulo.

El secretario se dirigió a él y le saludó afablemente:

* —Buenas tardes, señor Rigal; la señora condesa no ha llegado todavía.

—Pues lo siento. Tengo un día ocupadísimo. Pero como me había citado a las cinco...

—Es que no son más que las cuatro.

El señor Rigal consultó su reloj con aire incrédulo y gesto distraído.

—¡Ah, es verdad! ¡Qué cabeza la mía!—murmuró—. ¿Sabe usted para qué me llama?

—La señora condesa sale mañana de viaje.

—Vaya, menos mal que me ha avisado con un día de anticipación.

—¿Viene el señor a cuerpo con el día que hace?—preguntó el secretario por amenizar la espera, viendo que el señor Rigal se sentaba junto a la ventana, viendo caer la lluvia y tecleando los cristales, como compás a su hora de anticipación.

—No he tenido tiempo para fijarme en si hacía frío o no hacía frío al salir de casa.

—Puede coger una pulmonía—le reconvinó el secretario.

—No—le aseguró Rigal—. Tampoco tengo tiempo para eso.

Visitante y secretario callaron.

mientras dirigían sus ojos a la monótona caída del agua, que inundaba el jardín.

Recorriendo las bellas calles de Varsovia, bajo su lluvia torrencial, nos encontramos ante una casa de barrio; de una de sus ventanas se filtran las notas cadenciosas de un «jazz». Subimos a dicha casa y penetramos en la habitación que deja escapar aquella música de «fox».

Es una pieza destartada, mas con detalles graciosos y sencillos. En el centro del estudio ensaya una orquesta femenina, dirigida por Arlette, vocalista de la Gran Ciudad.

Esta, sin dejar de dirigir, parece estar pendiente de lo que ocurre en la calle. Se dirige hacia una de las ventanas del estudio, siempre dirigiendo, y mira con inquietud hacia la calle, llena de lluvia, bajo el espeso manto de la noche.

De pronto se oyen, como subiendo de la calle oscura, los silbidos de la Policía. Arlette tuvo un sobresalto; las chicas de la orquesta le miraban, intrigadas, sin dejar de tocar. Aquel sobresalto fue seguido de otro, al oírse, ya dentro de la casa y en la habitación contigua, un portazo.

—Basta por hoy. Podéis marcharos—dijo Arlette a las chicas, con una voz que acentuaba su inquietud,

—¿Continuaremos el ensayo mañana a la misma hora?—le interrogó una de las chicas.

Arlette contestó con aire bajo y ausente, afirmativamente:

—Sí, sí...

Las chicas de la orquesta se retiraron, mientras que Arlette, sigilosamente, se acercaba a la puerta de comunicación con la alcoba, y escuchó un momento, acercando el oído a la puerta, y por fin se decidió a entrar, quedando mirando la sala con visible disgusto, a la par que se dirigía hacia una especie de cama turca en la cual estaba tendido un hombre, vestido de smokig, y ocultando su rostro.

El hombre debía ser conocido suyo, pues Arlette no se alteró, y le reprendió con enfado:

—¡Otra vez has bebido!... ¡Estoy harta! ¿me oyes? harta de verte siempre así, harta de todo: de mi vida, de tus promesas... ¡No lo aguanto más! ¿No me oyes, Max? —le interrogó Arlette, llamándole con su nombre y pretendiendo volverle en la cama, cogiéndolo por los hombros.

Pero éste se volvió solo, descubriendo una herida que tenía en la frente, para decirle sin inmutarse y con tranquilidad:

—Creo que exageras.

Arlette se asustó al ver la sangre

que copiosamente manaba de la herida.

—Pero... ¿qué te pasa? ¿Qué herida es esta? ¿La Policía?—le preguntó, perdiendo la serenidad.

—No, un coche—contestó Max displicente—; me han atropellado, nada más. ¿Qué quieres?

Arlette no contestó; corrió hacia el lavabo, junto al que había un pequeño armario, especie de botiquín de urgencia, y de él sacó gasa, tafetán y alcohol para curar la herida.

Mientras Arlette curaba la herida, Max, imperturbable, seguía explicándole el incidente:

—Venía un poco bebido, ¿sabes?, crucé la calle y vi dos coches. ¡Efectos del alcohol! No supe elegir y me cogió el de verdad.

Tuvo un gesto de dolor, pero siguió hablando sin prestar atención a la cura.

—No me interesaba dar mi nombre a la Policía. Me costó trabajo llegar hasta aquí. Pero oye, ¿por qué decías que estabas harta?—le preguntó después de estar vendado, recordando las palabras de Arlette.

—Por nada... ¡cansada que estoy! todo el día ensayando en este estudio, que es una nevera, para trabajar en un mal café, cuando hay trabajo... Antes de conocerte, tenía

una buena orquesta, vivía mejor y no pasaba frío.

—No te pesará haberme ayudado—afirmó Max.

Arlette le sonrió, amorosamente.

—Nos íbamos a casar... ¿Y qué? Ni nos hemos casado ni tengo un día tranquilo. Si por lo menos no hiciera este frío—dijo frotándose las manos.

Max se incorporó en la turca y sacó del bolsillo interior del smoking un sobre abultado, lleno de billetes de Banco, y con aire de triunfo le dijo:

—¡Espera, mira!

Arlette quedó deslumbrada ante la vista de tanto billete.

El entusiasmo de Arlette iba en aumento, se abandonaba a aquel hombre que le daba, de pronto, todo lo que ella deseaba: lujos, joyas, viajes, dinero...

Formaban una pareja aventurera, una de estas que van por el mundo sin sentido, sin un fin fijo y estudiado, falto de ideal, pero que, al parecer, se sienten dichosas, y como las hojas caídas se dejan llevar por el viento, sin calcular el final de su carrera, abstraídas y únicamente preocupadas por el presente.

Así, adormecidos por este vértigo de su felicidad presente, tan propicio a hacer mella en estas vidas en-

tregadas al azar, iban forjando sus planes.

Arlette soñaba reclinada en su amigo, mientras que el entusiasmo por sus visiones del futuro iba hablando con exaltación de un viaje a España, de nuevos horizontes...

Embriagado por la felicidad que brillaba en los ojos de Arlette, a quien Max quería, pero con ese amor vago e indefinido que esta clase de gente que vive entre inquietudes y peligros, suele poner en todos los actos de su vida, aunque en el fondo les mueva la sinceridad, prosiguió exponiendo sus planes, poniendo un fuego especial al hablarle de un plan que tenía premeditado, una nueva aventura que, de salir bien, le sacaría para siempre de la miseria y de las inquietudes en que se desenvolvían sus vidas; uno de sus tantos planes nunca limpios, pero que constituían su modo de vivir, su forma de ver y pensar, que por no ser nunca objetivos lícitos, tarde o temprano les llevaría a rendir cuentas ante la justicia; pero en aquellos momentos, como en tantos

otros, eran por triste fatalidad su única forma de ver el mundo.

Max estrechó con pasión a Arlette entre sus brazos, mientras le revelaba, con voz tibia y recelosa de dejarse oír la nueva aventura, que su mente aventurera había forjado, hablaban quedamente compenetrados, llenos de ilusión, mirándose mutuamente embelesados, de un viaje a España, del sol de Sevilla.

La lluvia arreció, formando un concierto monótono al chocar contra los cristales de la pequeña habitación de Arlette, llamándonos a la discreción, sin permitirnos oír el fin que los dos enamorados se proponían.

—¿Qué es eso?—acertó a balbucear.

—Billetes auténticos. Esto significa vida nueva, nuevos horizontes, un viaje a España... Sol.

—¡Sol!...—repitió Arlette emocionada y sin preocuparse mucho de la procedencia de aquel dinero, viendo en aquellos billetes una nueva vida.

UNA VIEJA HISTORIA

SEVILLA... Sol, una música lánguida y cadenciosa baja de las terrazas de los restaurantes que llenan aquellos jardines que ostentan, radiante entre sus flores, un cartel flamante en colores: «Gran concurso internacional de tiro de pichón».

El parque de tiro está concurridísimo y se ven algunos extranjeros. No obstante la gran concurrencia que anima aquellos jardines, algo nos trae recuerdos conocidos, y hasta una voz conocida, que dirige una orquesta en una de las terrazas. La voz de Arlette.

En un grupo de tiradores, que vienen del campo de tiro, dirigiéndose

hacia una coquetona casa de las muchas que rodean el jardín, se destaca un hombre alto y fornido, de facciones simpáticas y aire opulento de potentado andaluz: es don Carlos Almenaras, ganador del primer premio de tiro.

Un grupo de amigos le agasajan, destacándose de entre ellos una señora, gran admiradora suya, la señora Eloisa Armendi, que va acompañada de su hija Clarita.

—¡Formidable, Carlos! ¡Eres la primera escopeta de España!—le decía Eloisa, aduladora.

—La segunda, la segunda... Te olvidas de mi hijo—le corrigió—.

—¡José Luis es un tirador bárbaro!—corroboró, convencida, su hija

MISTERIO EN LA MARISMA

Clarita, dando a entender, por el fuego que ponían sus ojos, la gran simpatía que debía tener hacia el joven mencionado.

—Sí; pero como no ha venido, no cuenta—dijo la mamá.

—¿Es cuenta, Clarita?—le preguntó Carlos, con marcada intención.

Clarita no quiso continuar en aquel juego de palabras, y preguntó con interés:

—¿Y por qué no ha venido? ¿Si gue sin querer moverse del coto?

—Allí se pasa la vida, como un salvaje. De nada le ha servido todo lo que ha viajado. Es una calamidad—sentenció el padre.

—Hace muy romántico esa manía suya de aislarse del mundo. Pero esa «pose» le debe proporcionar un aburrimiento—dijo con sorna Eloísa.

—¿No sabemos! A lo mejor los fantasmas le hacen la vida agradable—contestó el padre de José Luis, pensativo.

—¡Ah!, ¿pero hay fantasmas en la marisma?—preguntaron a la vez y con inquietud mal reprimida los acompañantes de don Carlos Almenaras.

Carlos no contestó, dejando en la incógnita del misterio que todas las

gentes de Sevilla tenían empeño en querer descubrir en la casa que en el coto poseían los Almenaras.

Este misterio había nacido de una antigua historia que mucho tiempo atrás había tenido por escenario aquel lugar, y relacionada íntimamente con los antepasados de Carlos, y de la cual nunca se supo nada en concreto; pero que contradiciendo el dicho popular de que el tiempo todo lo borra, seguía teniendo cuerpo, y seguía siendo causa de interés para sus amistades y para todos los que habían oído algo sobre ella.

A la sazón, esta vieja historia había tomado mucho más interés a causa de la manía, así fué como la clasificó la gente, la costumbre y el empeño que el hijo de Carlos, José Luis tenía, después de haber recorrido toda Europa, de internarse en aquel desierto, apartándose del ruido y la alegría de Sevilla, absorto por completo en la contemplación de aquel cielo hermoso y azul que irradiaba su colorido sobre aquel lugar algo misterioso.

Viviendo un tanto uraño en aquel sitio salvaje y bello, absteniéndose casi por completo de bajar a la ciudad, salvo muy raras excepciones, José Luis había vuelto a atraer con creciente curiosidad la atención de

sus amistades, que se empeñaban en ver en todo aquello algún secreto, o un hechizo que retenía allí al joven, haciéndole interesante en la envoltura de lo que creían un mis-

terio, que nosotros trataremos de dilucidar acercándonos nosotros mismos a la casa de campo que se solea, al parecer tranquila en la vasta llanura de la marisma.

BIBLIOTECA CLIO

Jardín de papel

Versos de

RAFAEL DE LEON,

*el celebrado autor de**"La Parrala" "María de la O"**"Tatuaje" "La Lirio" etc.*Precio: 10 ptas.

UNA APARICION

Un vasto pinar rodeaba la casa de campo de los señores de Almenaras, serpenteada por riachuelos de aguas cristalinas. En Sevilla habían dado en llamar aquel lugar al «Coto de la Marisma», seguramente por encontrarse la casa situada a muy corta distancia de un terreno bajo y pantanoso que se hundía en aguas lejanas. Al sur de la casa se divisaban unas dunas que daban a aquel lugar por el fuerte contraste que hacía con las praderas que rodeaban el coto un aspecto desértico y misterioso.

El ganado, abundante, pastaba entre los prados, con miradas nostálgicas y mugidos sordos, que los toros bravos lanzaban al viento, mirando

hacia el cielo entre sus astas peli-grosas.

Los pastores cuidaban de sus ganados, matando el tiempo con sus coplas de gusto profundo y estilo andaluz, que se mezclaban vibrantes con los chillidos de las aves que abundaban y surcaban el aire embalsamado, e impregnado de aromas silvestres, gozosas de su libertad, mientras que la caza pródiga y de diferentes especies saltaba recelosa y espantada por los gritos de los pastores, buscando refugio entre matorrales y rocas, familiarizadas con el bosque de pinos, y seguras de sí mismas.

En aquel lugar encantador y romántico, algo misterioso y de confundidos colores, se hallaba señorial

y erguida entre el verde la «casa del Coto de la Marismas».

En un amplio espacio de la casa, con rejas al campo, de estilo andaluz y muebles españoles a la usanza del país, que lo adornaban con gran gusto y acentuado tono romántico.

Uno de los raros detalles modernos de la casa era la caja de caudales, que en este momento está abierta, empotrada en una de las paredes.

Un joven alto y moreno, con mirada triste y soñadora, contemplaba, sentado junto a la ventana, el campo. Entre sus manos finas, pero robustas, aprieta un magnífico collar, una verdadera joya de arte antigua.

Es José Luis, el hijo de don Carlos Almenaras. Un hombre elegantísimo, de expresión pensativa y ausente, algo que emana de él nos dice que su vida debe tener alguna huella profunda, un deseo insatisfecho, un cruce o un misterio; que había impreso en sus facciones un gesto interesante e imponente.

José Luis se levantó, sobresaltado, al oír unos pasos en el despacho.

—¡Ah!, me has asustado. No te oí llegar—le dijo a Anselmo, el guarda más viejo del coto.

—Me dijeron que preparara los caballos y que viniera a avisarte. Por eso he entrado así.

—Sí, vamos a salir un poco. Me paso aquí los días encerrado.

—No le debías de dar tantas vueltas a lo mismo, José Luis, que te vas a volver loco.

—Y pensar que de todo ese mundo, de toda esa historia que tanto me apasiona, sólo nos queda este collar y el cuarto cerrado de la galería alta—dijo José Luis con melancolía y mirando hacia el piso de arriba.

—Perdona. Y yo, que soy casi tan viejo como esa historia—rectificó el viejo guarda.

José Luis lo abrazó cordialmente y riendo, y le preguntó con interés:

—¿Lo has visto alguna vez?

—¿Er qué? ¿Er cuarto serrao? Nunca—aseguró el viejo, con un gesto miedoso.

—¡Pues entonces no presumas de viejo!

Y riendo, se dirigió a la caja de caudales y guardó el collar, y, seguido de Anselmo, fueron hacia la puerta arqueada que daba salida al despacho, y donde dos hermosos caballos les aguardaban. Montaron y se dirigieron campo adelante entre los saludos y comentarios respetuosos de los guardas y gentes del campo.

—Er señorito se pasaría aquí la vía—le decía una mujer al jardinero, mirando con admiración a José Luis.

—Pues pasarse la vía aquí no es:

cosa de sentirlo. Es joven y debe hacer la vía que hacen los jóvenes. Er señor tiene razón. Es mucho campo para un hombre solo—le contestó el jardinero.

—No hay nada como esto, Anselmo. Vivimos en el mejor rincón del mundo—exclamaba satisfecho José Luis, aspirando a pleno pulmón el aire embalsamado y puro del valle.

—¿Me lo vas a desl a mí? Por esa vuelta—dijo señalando la de la casa—he salio yo con tu abuelo y con tu padre y contigo desde que eras un chavá, antes que fueras a estudiar por esas tierras.

—¡Vayan con Dió er señorito José Luis y la compañía!—saludó un pastor.

—¡Allá va el amo de paseo!—le dijo un guarda a otro.

—El hijo del amo, querrás decir.

—Pa mí son tan buenos los dos, que me paresen iguales.

José Luis y Anselmo se alejaban al galope de sus hermosos caballos, hacia las dunas de la marisma. Cuando llegaban a ella, José Luis paró su jaca, y desmontando, se dirigió al viejo guarda.

—¿Fué por aquí, no es eso?—interrogó.

Anselmo contestó, pensativo:

—Sí, por aquí dicen que cayó muerto. ¡Vaya usted a saberlo!

—Bueno, pues voy a echarme ahí un rato.

—¿Y por qué precisamente ahí? ¡También son ganas!—dijo malhumorado Anselmo.

José Luis le contestó, riendo:

—¿Lo ves? ¿Ves como sabes el sitio? Anda, vete a dar una vuelta y vuelve a buscarme.

Y uniendo la acción a las palabras, se dirigió hacia unos pinos, tendiéndose a la sombra de uno de ellos, mirando hacia la copa de los árboles, mientras que Anselmo, resignado, se retiraba.

José Luis quedó pensativo, su mirada fija en el cielo, escudriñando su bello azul, dilucidando un misterio.

De pronto se incorporó inquieto, mirando las movedillas tierras de las dunas; creyó ver una aparición.

Era una mujer joven y bella, vestida de blanco, que se dirigía hacia él, pisando blandamente sin dejar huellas en la arena. Su rostro, de blancura inmaculada y exquisita figura, le sonreía con amor dulce y melancólico. Su fina silueta se perdía vaporosamente entre los pliegues de su traje blanco, desprendido y suave como un jirón de niebla.

José Luis se llevó las manos a los ojos, queriendo captar y aprisionar la imagen de la mujer, insensible al tiempo y...

—¿Qué, te has dormido?—gritó la voz de Anselmo, sacando al joven del profundo letargo en que se había sumido.

José Luis retiró las manos de sus ojos y miró a su alrededor, sorprendido y angustiado.

—Sí—contestó—, he debido dormirme, y hasta he soñado... Mira, Anselmo: mi padre y tú tenéis razón. Me conviene dejar esto una temporada. Ya tengo hasta alucinaciones. Mañana mismo me voy a Sevilla, a divertirme.

El viejo guarda acogió con alegría la decisión de José Luis de marcharse a Sevilla.

Era ya mucho el tiempo que el joven llevaba en aquel desierto y en más de una ocasión había podido observar al joven en aquel mismo estado de ausencia en que lo hallara en aquel momento en que lo contestó sobresaltado y como saliendo de una pesadilla; aquello no podía terminar bien, pensaba Anselmo: su señorito necesitaba bullicio, algo que le entretuviera y le hiciera olvidar aquel estado que, a su entender, podía degenerar en una enfermedad.

José Luis, por su parte, estaba también convencido de ello; pero un poder extraño lo retenía en el coto, posesionado de él y de su voluntad.

Mas esta vez la decisión del joven era enérgica: se marcharía a

Sevilla; frecuentaría los centros propios de su clase y procuraría por todos los medios de distracción vencer aquella especie de sugestión que le tenía apartado de todo cuanto no se relacionase con aquel lugar bello y sensitivo en su profusa mezcla de desierto y campo frondoso, donde casi junto a las dunas de arenas movedizas que brillaban, hiriendo la vista al mezclarse con los rayos del sol, se veían serpentear riachuelos cantando la misteriosa canción de su recorrido, acompañados por pequeños y frondosos árboles que guardaban, celosos, sus orillas.

Pero toda aquella belleza constituía una enfermedad para la imaginación ardiente de José Luis, unida al misterio que todo aquello encerraba, fruto de la antigua historia de la cual ya hemos hablado y que aun no hemos podido dilucidar, así lo comprendió el joven al salir de aquel estado letárgico, del cual lo sacó, asustado, la llamada de Anselmo, decidiendo con pesar suyo, pero con firmeza, abandonar aquel desierto, vencer sus pesadillas, pasando y buscando, como el enfermo que busca su medicina, la alegría de Sevilla.

Ante una gran copa, la copa del primer premio del concurso de tiro, Carlos Almenaras y su hijo José Luis tomaban el aperitivo, charlando

MISTERIO EN LA MARISMA

tranquilamente en el bar del salón de la coqueta casa que poseía en Sevilla.

Por fin, José Luis había decidido olvidar su vida salvaje y solitaria del Coto de la Marisma para pasarse una temporada de recreo en Sevilla.

—Mira, José Luis, No me digas más disparates, porque me olvido de que eres hijo mío y te voy a dar con la copa en la cabeza—le decía con jovialidad Carlos Almenaras a su hijo.

—Bueno, dejemos eso. Cuéntame. ¿Has tirado bien?

—Aquí tienes la prueba. La copa internacional número cinco que entra en casa—le contestó su padre con airo triunfal.

—La número veinte, si tú quieres. Y las otras veinte son más.

Mientras don Carlos y su hijo compartían alegremente, otras personas se ocupaban de ellos. Se trataba de Elisa, admiradora de Carlos, y a quien no le hubiese disgustado que su hija Clarita hubiese tenido más suerte que ella con el padre, respecto al hijo. En aquel momento se dirigían en coche al tiro de picción, y Clarita le decía, triste y llorosa, a su madre:

—Es verdad que pienso mucho en José Luis, pero le tengo rabia.

—Es un buen muchacho, que te

conviene. Puede hacer un marido ideal.

—¿Crees tú? Mucho mayor que yo, indiferente, frío...—despreció Clarita, tratando de fingir sus verdaderos sentimientos hacia José Luis y buscando defectos en él por pura vanidad femenina.

—¡Ya ves cuántas virtudes!—le replicó su madre, que se había propuesto a hacer de los dos jóvenes un matrimonio ideal.

—¿Que cosas dices? Mira, ha venido a Sevilla y ni siquiera me ha avisado. ¿Te parece eso bien?—contestó Clarita ofendida, dejando ver claramente que lo que sentía no era antipatía ni indiferencia hacia el joven, sino la verdadera causa. Un corazón de mujer enamorada y resentida.

—¡Ah, ya comprendo lo que te pasa!—aseguró su madre con una mirada inteligente, acompañada de un profundo suspiro.

Carlos Almenaras y su hijo se dirigían al salón de baile, con intención de pasar la velada distraída. Carlos llamó al camarero con familiaridad.

—Oye, Juan, aquí, en el bar, te dejo la copa para que me la guardes.

—Descuide el señó—contestó el camarero aludido, con un acento andaluz muy marcado, y dirigiéndose

con alegría a José Luis, le saludó con cariño y afecto:— Me alegro mucho de verle, señorito José Luis.

—¡Hola, Juan!... ¡Qué hay de bueno?

—De bueno, mucho. Pero de bueno, bueno, lo que se dice bueno... hay una condesa—contestó con aire inteligente y pensativo.

—¿Alguna extranjera guapa, de seguro—arguyó Carlos.

—Lo que yo digo, señorito José Luis—acabó Juan—, es que der mujerío que ha venido esta temporá, hay una condesa polaca que quita er sentío.

—¿Qué Juan éste! Es un caso—le interrumpió riendo José Luis.

—¿No me crea, señorito José Luis? —interrogó Juan con aflicción—. ¿Cree que exagero? Pues póngase las manos en los ojos. Ande usté, que no es pa na malo—le pidió Juan con gracia, lanzando una rápida ojeada por encima de sus hombros.

José Luis obedeció, siempre riendo de las ocurrencias del camarero, se puso las manos en los ojos, intrigado en conocer el final de la broma.

—Y ahora, dé usté una vuertesita. Asín—le explicó, haciéndole girar—, y ahora destátese usté los ojos y no mire mucho, por si le hace daño a la vista.

José Luis bajó las manos de sus

ojos riendo, pero su cara cambió de expresión, fijó sus ojos en un punto, mirando extasiado.

Juan quedó desconcertado con su éxito.

La inmovilidad y el asombro de José Luis estaban motivados por la vista de una señorita que entraba en el salón de baile, acompañada de dos señores.

El hecho, en realidad, no parecía tener ninguna importancia; la señorita que entraba era, en efecto, la condesa polaca a quien se refirió Juan, y llevaba un suntuoso traje de noche blanco.

Pero el asombro de José Luis fue debido a que vió en aquella mujer la imagen exacta de su aparición en el coto de la marisma.

Su corazón palpitaba con fuerza musitada, y un sudor frío bañaba su frente. La condesa, con elegancia y distinción exquisitas, acompañada de una gran simpatía, saludaba amablemente a su alrededor.

—Y ahora... no creas en los fantasmas—fué la primera frase que casi en un suspiro le dirigió a su padre, mientras que Juan, cada vez más asombrado de su éxito, se alejaba, sin comprender la razón de aquel asombro.

—No, en absoluto—le contestó su padre sonriendo, creyendo ver en su hijo un poco de neurastenia—,

MISTERIO EN LA MARISMA

pero, ¿por qué no quieres conocerla?
—inquirió, al ver la actitud extraña de José Luis.

—No sé... lo que he dicho sin pensar. No sabría explicármelo —contestó, sin quitar los ojos de la condesa, en la que creía ver una visión.

—Mejor es así —contestó su padre con jovialidad, deseoso de hacer desaparecer aquella impresión—. Ven conmigo, te voy a presentar, son amigos míos.

—Vera —llamó Almenaras, dirigiéndose al grupo, que tanto asombro había producido en su hijo—. Quiero que conozcas a José Luis —le indicó a la condesa polaca, que atendió por aquel nombre, sin dejar de sonreír y con su aire amable—. La condesa de Lindorf —presentó a su hijo.

Vera le alargó su fina y delicada mano, que José Luis besó galantemente, mirándola con arrobamiento, y con un interés tan pronunciado que la bella condesa no pudo menos que notar cierto nerviosismo.

Menos mal que la charla siempre jovial de Carlos Almenaras, disipó aquel momento difícil.

—Es imperdonable que tú y yo seamos tan buenos amigos —dijo dirigiéndose a Vera— y no conozcas a mi familia. Éste —aclaró, señalando

a José Luis— es toda mi familia. ¿Qué te parece?

—No muy numerosa —contestó la condesa.

—Te advierto que se trata de un neurasténico —dijo, bromeando y señalando a su hijo—, pero un neurasténico simpático.

—¿No es una vergüenza tener un padre con tan buen humor? —interrogó José Luis, que iba dominando en él la impresión que le causó la vista de la condesa.

Vera le contestó con una encantadora sonrisa, al tiempo que a su vez presentaba a sus acompañantes:

—Mi tío, Alberto Rigal... José Luis Almenaras.

—Ah! Soy también amigo de su padre —le aclaró el tío de Vera, alargándole la mano con simpatía—. ¡Qué hombre más encantador! Nos ha invitado a pasar unos días en el campo.

—Mi tío detesta el campo, pero es tan bueno que ha agradecido la invitación.

—¿Qué invitación? —interrogó sorprendido José Luis.

—¿No está usted enterado de nada? —se extrañó Vera—. Su padre quiere que vayamos unos días al coto. Nos ha hablado de él. Debe ser una maravilla. Pero —añadió con aire burlón, que dió a entender a José Luis que la condesa sabía algo

de él—, lo que siento es que iremos a turbarle su soledad.

—¡Ah!, pero, ¿usted también sabe...? —balbució asombrado José Luis.

—Sí, yo sé muchas cosas de usted.

Esta fué la franca contestación con que la condesa Vera Lindorf dejó aun más preocupado y violento a José Luis, que parecía saltar de sorpresa en sorpresa.

* * *

Acabamos de ver con asombro que en Sevilla tenemos antiguos conocidos, que traen a nuestra memoria, entre la alegría y el sol de la capital andaluza, recuerdos de la lluviosa y romántica ciudad de Varsovia.

Primero, la dulce voz que cantaba al compás de la orquesta, la pequeña e inquieta Arlette.

Ahora, con mayor asombro que uno de los personajes que acompañan a la condesa, su tío, es el señor distraído que en una tarde de lluvia se presentó a cuerpo y elegantemente vestido, con traje primaveral, en el vestíbulo del palacio de la condesa de Varsovia. Y mayor será nuestro asombro cuando presente al segundo personaje que la acompaña en Sevilla, que no es sino el amigo

de Arlette, el buen señor de smoking que tropezó a causa de un empujón con el coche de verdad, y que tan enamorado está del sol de nuestra patria.

* * *

—¿Bailamos, condesa? —suplicó el joven no presentado, dando por terminada aquella fase de presentación.

—Ahora, no. Ahora voy a bailar con José Luis—indicó Vera—, ¿cómo se conocen ustedes?

Ante la negativa de ambos, Vera presentó:

—José Luis Almenaras... el barón de Balmy.

Los dos jóvenes se estrecharon la mano, e inmediatamente Vera y José Luis se retiraron a bailar.

—Acabo de conocer a su hijo—le dijo Max, pues no era otro el supuesto barón de Balmy, a Carlos Almenaras, que había distraído, después de la presentación—; me han dicho que es un gran cazador—le recalcó sin quitar los ojos, con aire pensativo, de la pareja que bailaba y con una segunda intención en sus palabras.

—Sí, sí. Sale a su padre—contestó Carlos.

—Muy aficionado... a la caza

mayor—volvió a decir Max con el ceño fruncido.

Ajenos a la música, mas siguiendo el compás del fox lento y melodioso que bailaban, José Luis y Vera hablaban, tratando ambos de sondearse, de penetrar el enigma que tanto uno como otro sintieron nacer en ellos en el momento de verse.

—Al contrario—contestó Vera a la pregunta de su pareja—, me gusta mucho bailar con él. Pero me divierte de vez en cuando hacerle estas pequeñas traiciones.

—¿Llama usted pequeñas traiciones a estar bailando conmigo?

—Naturalmente; nosotros acabamos de conocernos. El, además, dice que está enamorado de mí.

A esta revelación, José Luis contestó con galantería:

—Eso lo dice cualquiera.

—Gracias — le agradeció Vera con una sonrisa amable—. Veo que no es usted tan salvaje como afirma su padre.

Mientras este diálogo implícido y galante se desarrollaba, otras personas comentaban ya, sobre aquella condesa. Era doña Eloisa que le decía a un señor respetable que tenía a su lado:

—Hay que ver el éxito de la pofeca!—dijo mirando con antipatía hacia Vera—. A mí no me gusta esa mujer.

—A mí sí—aseguró el señor respetable que tenía a su lado, atusándose el bigote.

—Parece una aventurera — corroboró la señora de este, que formaba parte de la tertulia.

Doña Eloisa, envalentonada con la ayuda, sentenció:

—Esas mujeres, en cuanto salen guapas, siempre acaba descubriéndose que no tienen vergüenza.

—Pero si son guapas...—admitió el respetable señor con pícaro mirada.

Doña Eloisa no se dio por vencida, y confidencialmente le dijo en voz baja a la señora:

—Y ese barón que va con ella debe ser su amigo. Menos mal que nuestras hijas no se dan cuenta de estas cosas.

• Al mismo tiempo que la mamá de Clarita expresaba este consuelo, su hija, que estaba sentada en el bar, le decía a su amiga, refiriéndose a Vera y al barón.

—Yo te aseguro que el barón se entienda con ella. Es una verdadera «vampiresa».

—A ti lo que te ocurre es que cada día estás más enamorada de José Luis—le contestó su amiga, penetrando sus sentimientos.

Vera, ajena a todo, seguía su baile y contestaba a una pregunta de José Luis:

—Lo que acabo de oír parece una explicación. Es la primera vez que me dicen que infundí miedo. No sé si ofenderme.

—No lo tome usted a broma —contestó muy serio José Luis.

—Pues venga la explicación—exigió Vera sonriendo.

—Usted se sonríe porque cree que voy a contarle algo fantástico, porque espera oír uno de esos cuentos de miedo inverosímiles.

—Francamente. ¿No tiene usted todo esto preparado para atraer la atención de las mujeres que bailan por primera vez por usted?

—No, no tengo preparado nada. No voy a contarle ninguna anécdota interesante. Sólo le hablaría de cosas de la imaginación, de sensaciones raras...

—A ver... cuénteme usted —le pidió Vera interesada.

Cesaron de bailar y se sentaron en una mesa apartada que daba al jardín. José Luis empezó su relato, con la mirada perdida en las estrellas que empezaban a nacer.

—Cuando yo era muy niño, recuerdo que pasé por una experiencia inolvidable, una de esas escenas que se quedan luego grabadas en la memoria para toda la vida. En casa hay un cuarto cerrado desde no sé cuántos años. Encierra nada menos que una historia de familia.

—Precise usted más. Un cuarto cerrado desde hace un siglo—corrigió Vera.

—¡Ah!, ¿pero también eso lo sabe usted? —preguntó extrañado José Luis.

—También. Ya le he dicho que sé muchas cosas—aseguró Vera—, siga contándome.

—Aquella puerta cerrada fué la obsesión de mi niñez —prosiguió José Luis, viendo raro el que Vera supiese detalles de su historia—. Un día, por un descuido de mi padre, la puerta quedó abierta. Yo no pude resistir la curiosidad y penetré en la habitación. Estaba muy oscura. Me pareció adivinar como un salón enorme. No recuerdo más. De pronto sentí un terror que me inmovilizó.

José Luis, emocionado, se pasó las manos ante los ojos, fríos y nostálgicos, y continuó su relato con voz trémula.

—Como saliendo de la pared vi avanzar un fantasma hacia mí. Fué tal mi impresión, que caí al suelo desvanecido.

—¿Tenía usted ya su imaginación de pequeño? —le interrumpió Vera.

—Tan exaltada, que aun me cuesta trabajo dominarla. Porque sabrá usted que aquel terror, aquella misma angustia, la he vuelto a sentir con frecuencia a lo largo de

mi vida, como un terror inexplicable ante algo fatal que tenía que suceder.

—Eso se llama un presentimiento.

—Yo no creía en los presentimientos. Nadie cree en esas cosas; ni en los aparecidos, ni en los fantasmas. ¡Es una tontería creer en eso! Pero cuando un presentimiento se cumple...—dijo José Luis con la mirada fija en la bella condesa polaca.

—¿Y el presentimiento que se cumple... soy yo?—preguntó con la cara algo entadaña y recelosa Vera.

—Perdóneme. La he hecho ponerse seria. Me he dejado llevar por mi vehemencia. No quiero ser yo ahora quien la asuste a usted—se disculpó José Luis, pero sus ojos guardaban un secreto, mientras acariciaban con amor la encantadora figura de Vera, tratando de cogerle una mano. Mas Vera la retiró, mirando abstraída hacia el salón de baile, donde la famosa ballarina Lola Medina se acompañaba en su baile cantando una zambra gitana.

Aprovechando la atención de las gentes, distraídas en mirar el baile gitano, el barón de Baly se acercó con disimulo hacia Arlette, que

después de su concierto se hallaba en el bar.

—¿Estás contenta?—le preguntó.

—Mucho — aseguró Arlette—. Veo que tu condesa no te hace caso.

—¿Y eso te alegra? Pero qué tontas sois las mujeres.

—Pobrecillas, ¿eh?—convino Arlette con una mueca cómica que da mucho a meditar.

La conversación, que empezaba a ser molesta, fué interrumpida por Rigal, que dejando el salón se dirigía a ellos.

—Mi querido barón — le dijo a Max bromeando —, cuando se tienen amistades así—y señaló a Arlette—no hay que ocultarlo a los demás.

Max les presentó de mala gana.

—El señor Rigal—y fingiendo ignorar el nombre de Arlette, dudó—, la señorita... la señorita...

—Arlette—aclaró ella misma.

—¡Ah! ¿No se conocían ustedes?, ¿he sido indiscreto? — se disculpó Rigal.

—Nada de eso—aseguró Arlette, y señalando a Max, dijo—: El señor ha sido tan amable que me ha invitado a beber algo.

—Debe estar usted muy cansada, ¡Y cómo ha tocado su orquesta! —dijo Rigal con admiración—. Para mí no hay nada como una buena or-

questa de jazz. Esta música de gitanos me gusta también mucho, pero la comprendo menos. Oiga, barman.

Y saludando cortésmente, se retiró al mostrador.

—Este viejo es imbécil. Util, pero imbécil—aseguró al oído de Arlette mirando despectivamente hacia el señor Rigai.

La zambra iba tomando fuego, con su música gitana llena de ardor y sentimiento.

Vera salió del nerviosismo que entre el relato de José Luis y la danza se había operado de ella.

—No puedo oír esta música sin sentir una sensación extraña, como unos deseos locos de gritar, de defenderme...

—¿De defenderse de qué?—preguntó José Luis, que la seguía contemplando extasiado.

—No sé. Es un poco la influencia de esas cosas absurdas que usted me ha contado. En este momento siento deseos de huir.

—Huyamos, pues—propuso José Luis con arrobamiento.

—¡Por Dios! ¿Cómo iba a abandonar al barón?—contestó Vera riendo.

Y levantándose se dirigió hacia el salón seguida de José Luis.

—La extranjera ha tomado a José Luis por su cuenta—le dijo la se-

ñora que acompañaba a Eloísa al oído.

—Déjalo, déjalo. Cuando se entere de qué clase de mujer es, volverá con Clarita.

—¿Pero tú sabes qué clase de mujer es?

—¿Yo? no, pero me lo figuro—contestó con dandón Eloísa, al ver a la condesa acompañada de José Luis venir del jardín.

—[Espero que no se aburrirán ustedes en el coto—exclamó Carlos dirigiéndose hacia la tertulia.

—Desde luego, nos aburrirémos; si, señor, nos aburrirémos—aseguró Rigai, que era enemigo acérrimo del campo—. No hay como el campo para eso de aburrirse.

—En ese caso...—replicó Carlos.

—¡Pero no hay nada como aburrirse. Es el único modo de poder descansar. Yo llevo cuarenta años, señor mío, cuarenta años, sin poder aburrirme—volvió a decir Rigai, contradiciendo sus palabras y completamente despitado.

—Para mí, en cambio, es un plan perfecto. Nada me apasiona tanto como la cara—afirmó Max.

—Seremos un batallón. Porque supongo que también nos invitarás—le preguntó Eloísa a Carlos.

—¡Naturalmente! ¿Cómo ibais a faltar vosotras? Clarita sabe muy bien que es mi debilidad.

Eloisa cogió a Carlos por el brazo y lo llevó hacia el bar, diciéndole confidencialmente:

—Lo mismo me decías a mí hace treinta años y me dejaste con el traje de novia hecho. ¡Como tu hijo repita la faenita con Clarita...!

—Mucho me lo temo, Eloisa —contestó Carlos adoptando una actitud muy seria—. José Luis ha heredado todas mis virtudes. ¡Mujer!...

No pudo seguir, porque Eloisa le dió un pellizco en el brazo que le dejó blanco de dolor.

—¿Cómo me alegro que venga usted también! La juventud hace falta en todas partes, hasta en el campo —le decía Rigal a Clarita lleno de júbilo.

—Nos divertiremos todos mucho —aseguró Max.

—Yo... no sé... con tanto animal salvaje... ¡Voy a pasar un miedo! —objetó Clarita haciéndose la interesante.

Rigal se dirigió al bar, donde también tomaba una copa de licor Vera y José Luis, para darles una noticia de la invitación de Carlos Almenaras.

—Si está decidido, iremos todos al coto. Tendremos hasta música —les explicaba con grandes gestos y entusiasmado.

—¡Pobre José Luis! Me temo que

entre todos te vamos a hacer la vida imposible por unos días —le dijo Vera con tristeza a José Luis.

—Tú, no. Lo que siento es que no se va a gustar aquello —arguyó José Luis—. ¿Por qué?

—La vida allí tiene una apariencia muy simple. Hay unos animales en libertad que viven bajo un cielo azul, junto a un mar azul...

—Hay unos seres que luchan, otros que sueñan... —finió Vera, dándole a entender que todo lo que allí había era visto por ella como cosa muy natural.

—Sí, todo es muy sencillo —contestó José Luis con su pensamiento volando por las misteriosas arenas y las dulces ondulaciones de las dunas de la marisma.

—Corro en todas partes —dijo la condesa con la voz apagada, algo poseída de la ilusión que José Luis sentía y ponía en sus palabras, tratando de apartarle de su pensamiento.

Mas éste continuó hablando ensimismado:

—Hasta los actos más sublimes tienen en la inmensidad de la marisma una simplicidad.

—Encantadora —le atajó Vera, sin dejar de terminar sus frases, riendo, pero intrigada y conmovida al sentir en su pecho el aire lejano y profundo de la marisma.

En efecto, Vera se sentía intriga-da por todo cuanto el joven le iba diciéndole relacionada con la casa del coto. Sentía en su pecho una emoción desconocida hasta ahora por todo cuanto se relacionaba con la historia que le contaba José Luis.

Desde luego, todo allí debía ser sencillo; hasta los actos más sublimes, como le explicaba el joven, debían resultar en aquellas tierras misteriosas de una simplicidad encantadora.

Vera se sentía poseída por las explicaciones que de aquel lugar lleno de misterio le daba José Luis; mas traicionaba la emoción que en aquel momento sentía su pecho, en un prurito femenino por querer disimular lo que sentía, o bien por obligar al joven a explicarle con más detalle, para poder ella captar con más facilidad lo que en realidad ya había tomado cuerpo en ella.

José Luis, por su parte, hablaba

lleno de amor y con apasionamiento vehemente de lo que para él constituía y formaba gran parte de su vida, y con Vera precisamente con más ardor que con cualquier otra mujer lo hubiese hecho, pues había encontrado en ella un algo indefinible, un sueño de su imaginación que desde toda la vida, a juzgar por la facilidad en que iba exponiéndole sus sentimientos más íntimos, lleno de fuego y de fe en sus palabras.

Desde luego, un misterio rondaba la figura de aquellos dos seres, mientras que sus corazones, llenos de amor, iban componiéndose no obstante la disimulada indiferencia de la condesa polaca.

Algo se tejía en aquella atmósfera llena de emoción, saturada por los acordes ardientes y penetrantes de la canción andaluza que Lola Medina cantaba, y que tenía irremisiblemente como punto final y clave la casa del coto de la marisma.

EL COTO DE LA MARISMA

UNA gran bandada de flamencos alzó su vuelo, asustados al oír el repique de las campanas de la pequeña ermita que, como una anciana vestida de blanco y encaminada por el lugar, se apoyaba, cansada por sus años, en la agradable casa de estilo andaluz, donde fijaban su residencia los señores de Almenaras.

La casa, alegre y esbelta, tenía un aspecto señorial y presencia de palacio, por su aire majestuoso y la gran cantidad de guardas y sirvientes de todas clases, que iban y venían, dedicados a sus distintos quehaceres. Muchos de ellos, con grandes muestras de fervor y respecto religioso, salían de la pequeña ermita, mientras que otros aparejaban

caballos y traían perros, organizando, sin duda, una partida de caza, en la que intervenían los primeros invitados llegados a la Marisma.

Carrochistas y cazadores se disponían a salir al campo.

Los primeros en montar fueron Vera y José Luis, que llegaron en la primera expedición, pues a causa del número y buscando facilidades y comodidades para el viaje, el grupo de invitados se había dividido en dos partes.

Don Carlos, no obstante su edad, era un magnífico jinete. Montó con soltura, y al ver que doña Eloisa y su hija Clarita no tomaban parte en la batida, se dirigió a ellas, mientras éstas despedían a José Luis disgustadas al comprobar que Vera le acompañaba.

—¿Qué, no se anima, Clarita? —preguntó—. ¿No viene con nosotras?

—Esta hija mía es tonta, Carlos. ¡Ah si yo tuviera su edad!—contestó Eloisa al ver que su hija dejaba escapar las ocasiones de estar junto a José Luis con un profundo suspiro.

Clarita intervino con gesto asustadizo, para defenderse al comprobar las palabras de su madre.

—¡Sí! Y si luego voy y me caigo del caballo y me rompo algo...

—Prefero verte caída y maltrecha que tonta y de pie—le aseguró Eloisa colérica y llevándose casi de un tirón para la casa.

Carlos, riendo de buena gana, se reunió con Vera, que había quedado algo atrasada.

—¡Qué maravilla de mañana! —exclamó Vera respirando a pleno pulmón el aire puro y perfumado de la campiña.

—No diría lo mismo tu tío—le aseguró Carlos.

—El pobre no comprende estas cosas; está hecho un egoísta. A estas horas estará buscando todavía el medio más cómodo para venir al coto.

En el interior de un coche, Arlette y Rigal se defendían como mejor podían con los sacos de provisiones y demás bultos que les caían en-

cima a cada uno de los frecuentes saltos del coche.

El automóvil se detuvo después del último salto, al llegar a un beche del camino. De él descendieron el chofer y Juan, el simpático camarero del tiro de pichón, que también formaba parte de la partida, y que al comprobar la avería, aconsejó con resignación: no hay que apurarse, es cuestión de arrempujar.

—¿Tardaremos mucho en llegar al coto?—preguntó Rigal asomado la cabeza por la ventanilla, con una muestra de profundo disgusto, tanto por la avería como por la idea de dirigirse al campo.

—No, señor. Si esto vuelve a andar, en seguidita—le informó Juan—; si no... arrempujando, arrempujando, un par de horillas.

—¿No sería entonces mejor seguir a pie?

—¿Y abandoné aquí las provisiones? No queda ni una miga en cuanto nos separemos del coche.

—No está esto muy poblado—le contestó Rigal mirando los alrededores.

—¿Que no?, ¿pues no hay aquí bichos salvajes de todas clases ni ná?

Arlette y Rigal quedaron impresionados por la afirmación de Juan; Arlette, inquieta, le preguntó a Rigal:

—¿No correremos ningún peligro, supongo?

—Así lo espero—respondió Rigal preocupado.

—¿Que no está esto muy poblado!—siguió explicando Juan—. Pues debajo de ca mata nos esta acechando un enemigo. Miré usted, mire usted los más pequesitos.

Arlotte y Rigal miraron en la dirección que Juan indicaba, y quedaron tranquilizados al ver a lo lejos unos cuantos camellos corriendo en libertad. Rigal contestó con aire desdenoso:

—Camellos, simples camellos... ¡dromedarios!

—Pero salvajes, señó, salvajes—aseguró Juan—; más salvajes que usted y que yo.

Los jinetes y garrochistas se alejaban al galope, perseguidos de Carlos Almenaras y de Max, mientras que Vera y José Luis desmontaban y paseaban a pie por el campo, llevando sus caballos de las riendas.

—¿Y para esto, para bajarnos de los caballos y dar un paseo a pie me has hecho madrugar y ponerme este traje?—preguntó Vera, que llevaba un hermoso traje blanco de amazona, dando una vuelta—. ¿Te parece bien?

José Luis, mirando a Vera ensimismado, contestó:

—Perfecto; quería verte así. En el coto, con un traje nuestro, familiar. ¡Te he visto en sueños tan distinta, tantas veces...!

José Luis se apoderó entusiasmado de la blanca y delicada mano de Vera, y rebosante de felicidad, continuó:

—Y tú no sabes lo que es convertir un sueño en realidad, en una cosa verdadera, auténtica.

Vera retiró la mano con suavidad.

—¿Seguimos andando?—le propuso, frenando la exaltación de José Luis, que la emocionaba.

José Luis volvió a caminar, llevando de la rienda a los caballos, diciendo melancólico y triste:

—No te conoceré nunca. Hay en ti algo que no me explico, como una actitud que te has fijado de antemano para tratarme que, francamente, me desconcierta.

—¿Y no adivinas la causa?—interrogó Vera sonriendo y con femineña coquetería.

—No; la sospecho nada más: es el harón—contestó José Luis con el ceño fruncido.

—¡Muy inteligente!—contestó Vera, dejándole una duda sin aclarar más y enigmáticamente.

Mientras estos diálogos de los

dos jóvenes se cruzaban, celosos y borrosos, la caza proseguía.

José Luis, en efecto, sentía celos del barón de Valmy, y hasta de la brisa suave que acariciaba a su amada, pues estaba desde el primer momento en que vio a Vera aparecer en el salón del tiro a pichón de Sevilla, profundamente enamorado de ella.

Un algo indefinible le atraía irremisiblemente hacia ella; estaba convencido de que Vera era la mujer que en secreto había esperado tanto tiempo, y ahora, al verla en aquellas llanuras que tanto recuerdos llenos de misterios encerraban para él, estaba más aferrado que nunca en que Vera era la mujer que meditando en aquel desierto, lleno de fiebre había esperado amando. Vera era para él la mujer que veía en sus visiones, la que vivió en sus sueños; era la personificación y la realidad del misterio que en torno suyo existía; el destino se la enviaba a aquel lugar para completar su vida y amarla, para quererla con toda su alma, con celo y miedo a que volviera a borrarse como los fantasmas que habían desaparecido siempre de su febril imaginación.

Vera también se hallaba poseída de aquel influjo misterioso que reinaba en el aire de la marisma; sentía simpatía y amor hacia José

Luis, mas se empeñaba en no confesárselo a él.

Vera, como José Luis, sentía un presentimiento que le decía que no se hallaba allí por mera casualidad, sino llevada por una misión; mas sobreponiéndose a la debilidad de su corazón que le atraía hacia José Luis con toda su fuerza, luchaba con sus sentimientos, consciente de su cometido, empeñada en aclarar el misterio que sobre todos pesaba.

Mientras Vera mirando el cielo reflexionaba sobre todo esto, José Luis, inquieto y creyendo ver en su abstracción un alejamiento o que Vera no le comprendía, cayó unos minutos, encendió su pipa y fumando meditó con pena sobre la actitud a su parecer algo hostil y fría, siendo Vera la mujer que él con todas sus fuerzas amaba.

—Ahora entraremos en una buena marcha. Algo nos saldrá—le aseguraba Carlos a Max, entusiasmado con la caza.

—Estoy inquieto por Vera—replicó Max, preocupado—; no ha debido quedarse atrás por estos lugares. Puede ser peligroso.

—Descuide usted. Está con mi hijo—le tranquilizó Almenaras.

José Luis y Vera ataron sus caba-

llos a un árbol y se sentaron a descansar sobre un tronco caído.

—Yo no quisiera desengañarte. Me ves de una manera tan poética que, francamente, me alaba mucho. Quizás sea yo algo menos de lo que tú piensas. Pero no importa. Tú sigue viéndome como hasta ahora, que es lo que me gusta—le indicó Vera a José Luis, pues no obstante la indiferencia que pretendía demostrar a las demostraciones de amor y romanticismo del joven, se veía complacida y halagada en el fondo de su corazón. Y con una mirada enamorada le aconsejó—: Sé que vas a repetirme que no quieres vivir sólo de ilusiones... pero yo no te pido que vivas siempre así, sino que tengas un poco de paciencia.

Y cada vez más condescendiente al ver el fuego que brillaba en los ojos enamorados de José Luis, prosiguió:

—Un día te contaré algo que tú no sabes. Pero necesito antes conocer más a fondo, gozar por ahora de esta gran ventaja mía que conviene permanecer en la sombra, como cuando era fantasma, viendo pasar el mundo entre mis ojos, sin que nadie me vea.

—Te veo yo. Te he visto siempre—aseguró José Luis entusiasmado ante la mujer que desde el pri-

mer momento en que la vió amó locamente.

—Pero no sabes quién soy.

—No me importa. Me basta con que estés aquí.

—Pero no sabes por qué he venido—dijo Vera tratando de calmar la agitación enardecida de José Luis.

—Te he esperado durante tantos años, que no te lo pregunto. Me parece natural que estés conmigo—contestó con obsesión, mirándola lleno de amor, José Luis.

—¿Por qué sigues soñando? Me crees un producto de tu fantasía y no es verdad.

—¿Cuál es la verdad?

—Esta, ésta es la única verdad: esta mañana espléndida que nos rodea, ese rumor lejano de cazadores, esta tierra que pisamos.

—Te burlas de mí—dijo José Luis enfadado, al ver la intención de Vera de llevar su imaginación por otro camino y girar el sentido de la conversación.

—Sí—admitió Vera viendo lo recalcitrante que era José Luis, en todo lo que se refería a su amor, a ella, a sus visiones, y a lo que él llamaba realidad y hallazgo.

José Luis insistió:

—¿Por qué viniste a Andalucía?

—Es disparatada esa manera tuya de hacer preguntas a una persona al fin y al cabo desconocida como yo.

—Buena; pues ¿por qué viniste?

—¿Quieres que te lo diga? Yo creía que había venido por algo que algún día te contaré; pero ahora me doy cuenta de que vine por otra cosa.

—¿Por cuál?

—No ves a creerlo—le contestó Vera, mirándole fijamente, y como una bomba dejó caer la aclaración—. Porque sabía que me estabas esperando.

—¡Vera! —exclamó sorprendido y entusiasmado José Luis.

—Haces bien en creer que hay algo extraño entre nosotros. Todo es misterioso a nuestro alrededor. Mira: Hay una mañana maravillosa, con un sol que nos deslumbra y, sin embargo, tengo miedo.

—No tienes nada que temer—le aseguró José Luis apretando su mano delicada entre las suyas, loco de amor.

—Me asusta esta soledad, esta inmensidad de la marisma. ¿Qué es aquello? ¿Allá lejos?—preguntó inquieta señalando a lo lejos.

—Aquello son las dunas. Detrás está el mar—le aclaró José Luis, tratando de tranquilizarla.

—Me gustaría verlo—le pidió Vera.

—Iremos juntos —le dijo José Luis mirando hacia las dunas con un gesto lánguido, impregnado de

todo el ambiente de la misteriosa marisma.

Así como un relampago, Vera le comunicó a José Luis el porqué de su venida a Andalucía; pero esta aclaración de Vera no aclaró el misterio que a ambos rodeaba desde aquel momento.

Vera estaba allí, según ella misma confesaba, porque sabía que la esperaba; pero una condesa polaca no puede tener un presentimiento tan extraño sin que una causa lo justificara, y esa causa que nos hubiera aclarado el misterio quedaba en la incógnita, perdida en la sombra, y caso raro, José Luis sintió alegría al oír aquella declaración, pero no se extrañó de ella, ni siquiera preguntó con la natural sorpresa que tal afirmación suponía qué causa justificaba aquella certeza suya de que él la esperaba.

Todo le pareció incluso normal; parecía como si esperase aquella confirmación de lo que él sentía, y, sin embargo, José Luis no tenía ningún fundamento normal que justificara su actitud alegre, pero imposible, ante la declaración extraña que acababa de oír.

Vera, separada de José Luis por el robusto tronco de un árbol, había hecho esta declaración con tranquilidad y seguridad en su voz, y lo único

MISTERIO EN LA MARISMA



—De verdad no me explico la tardanza de su tío y los demás.

—Aquello son las dunas. Detrás está el mar—le explicó a Vera José Luis.



—¿Estás seguro de no haberte equivocado nunca?—pregunta Vera.



—Yo tardo poco, en cambio. Me doy cuenta en el acto de con quien estoy hablando.

MISTERIO EN LA MARISMA



—Te he estado observando durante la cena. Eras una mujer.

—Mi hija vive con los fantasmas del coro —aseguró Carlos.



Arlotto dirige una pequeña orquesta femenina.



- ¿El señor viene a cor-
po con esta lluvia?

MISTERIO EN LA MARISMA



Carlos Almenaras quedó pensativo al comprobar que había desaparecido el collar.

Vera quedó abestrada mirando al cielo.



—Dime, Anselmo, ¿fue
aquí donde desapareció?



—Sabía que me espera-
bas. Por eso he venido a
Andalucía.

MISTERIO EN LA MARISMA



Acompañada de dos señores vestidos de smoking, la condesa polaca entró en el salón.



Su mirada se fijó en Vera, radiante de felicidad.



El chaval saltó sobre una mesa, redoblando su ta-
canen.



Penetró en el cuarto mis-
terioso.

co que vibró estremeciéndose en Jesé Luis fué su corazón, que, atravesando el grueso tronco, penetró de lleno en el suyo, mientras que sus ojos, llenos de luz, la contemplaban con arrobamiento.

El misterio seguía aún más impenetrable precisamente por la naturalidad en que se desarrollaba; el motivo seguía en la sombra, perdido en la inmensidad de la marisma, mas no hay causa que no persiga un fin, y pronto lo comprobaremos.

Las dunas que impresionaron a Vera aparecían a lo lejos timidas y serenas, perdidas en la inmensidad, y el impresionante panorama de la marisma, acechando el misterio que inundaba su proximidad, afanosas en su deseo de averiguarlo.

Por los llanos del coto, la cacería seguía emocionante, pues los venados eran abundantes en aquel lugar y de diferentes especies. Asustados por los ruidos de los garrochistas y los ladridos de los perros, aparecían en la llanura jabalíes, carmellos y toros huyendo.

Un perrero dió el tiro de salida, y la jauría de perros salió corriendo, seguida por el grupo de cazadores al galope de sus caballos.

El venado era perseguido por la jauría de galgos y mastines con furia y alboroto; un jabali se vió acorralado por ellos. Los perros ladra-

ban impacientes, sin atreverse a atacar, rondándole nerviosos desde muy cerca; el jabali enseñaba sus dientes, inquieto y dispuesto a vender cara su vida.

Pero ya los cazadores llegaban a galope tendido, y los perros, envalentonados, se lanzaron sobre su presa, con ladridos alegres, mezclando sus ladridos a los gritos de triunfo de los cazadores.

* * *

Andando penosamente por las dunas, Arlette, Rigal y Juan se dirigían al coto: Arlette con un zapato en la mano, y los hombres cargados de bultos y sacos de provisiones.

Se detuvieron cansados y miraron hacia todas partes, desorientados.

—¿Falta mucho todavía para llegar?—le preguntó Rigal a Juan, que hacía de guía.

—No, señor. Ya falta menos. Digo... si no nos hemos equivocado en el camino.

—Pues eso sólo nos faltaba. Estoy rendido.

Y uniendo las palabras a los hechos, se dejó caer abatido en la arena, secándose el sudor.

—Se olvidó usted de una cláusula en el contrato—le hizo ver a Ar-

lette, sentándose con gesto cansino en la arena.

—¿Cuál?

Ariette contestó como dictando un párrafo: «La señorita Ariette, para animar el coto, no está dispuesta a recorrer a pie el desierto de Siharas».

—La verdad es que está muy lejos—convino Rigal.

—Me escama mucho esta soledad—cooperó Juan—; hay por aquí una vesindá mu peligrosa; ¡me conozco yo la marisma como la palma de la mano...

Interrumpió su frase para señalar un bulto que se agitó en un matorral, con un miedo no contenido, Rigal miró hacia la dirección que Juan le indicaba.

—Sí, ya se ha visto—aseguró Rigal sin saber de lo que se trataba, preso del miedo.

Juan quiso disimular su miedo y hacerse poseedor a las dotes de que presumía de conocedor del lugar.

—Pero no temáis ustedes. Pue salirnos un toro, un linse, un jabali... pero no importa. Aquí estoy yo, que me doy cierta maña pa lidiar con tos los bichos de la tierra.

Las últimas palabras del valiente Juan se ahogaron en su garganta.

El bulto del matorral acababa de moverse; algo salió de detrás: era un jabali.

El cansancio de unos y la valentía de otros se esfumaron como por arte de magia, y sin pensar en más, salieron corriendo en una loca carrera, mientras que el jabali, sorprendido, corría por otro sitio distinto, buscando refugio.

El comedor del coto estaba animadísimo; alrededor de la mesa estaban todos los invitados haciendo conjeturas y comentando la cacería.

Don Carlos Almenaras se dirigió a Vera.

—De verdad, no me explico la tardanza de su tío y los demás. Deben haber tenido una «panne».

—Me alegraría mucho—contestó Vera.

—Tienes un corazón de piedra.

—Quizás. Pero no hay nada tan divertido en el mundo como ver a uno de esos egoístas cuando le sale algo mal.

—¿Tiene su tío tan buen humor como usted?—le preguntó Eloísa aprovechando la ocasión para tirarle la indirecta.

—Al contrario—contestó Vera con naturalidad—, tiene un humor pésimo. Pero la gente de mal humor son verdaderamente divertidas.

—Eso lo debe decir por ti—le indicó Clarita a José Luis.

—¿Tú crees?—interrogó José Luis mirando con entusiasmo y amor hacia Vera.

MISTERIO EN LA MARISMA

—Sí, porque tú eres un cardo, un gafe, un...—al ver que José Luis seguía mirando extasiado a Vera, Clarita no pudo contener su rencor:—¡un grosero!

Los criados empezaron a retirar el servicio, y los invitados pasaron al salón.

—Supongo que ahora me tocará hablar a mí—le preguntó José Luis a Vera cuando tuvieron ocasión de hablar, algo retirado de los demás.

—¿Y por qué no a mí también?

—No has hecho otra cosa en toda la cena—le reprochó José Luis celoso— ¿Qué te ha dicho Pablo?

—¿Quién es Pablo?

—¡Pues Pablo! Tu compañero de mesa.

—No sabía cómo se llamaba. Vosotros dais un tono tan familiar a la vida, que convertís en seguida a cualquier persona en Pablo, en Juan, en Pepe... yo tardé más en conocer a las gentes.

—Yo tardé poco, en cambio. Me doy cuenta en el acto con quién estoy hablando—le aseguró José Luis.

—¿Estás seguro de no haberte equivocado nunca?—preguntó Vera mirándole con ironía maliciosa.

Se iban formando pequeñas tertulias. Doña Eloísa propuso:

—¿Jugamos al «bridge»?

Carlos hizo intención de levantarse.

—Prefiero irme con los chicos—afirmó.

Eloísa lo detuvo.

—No; tú tienes que jugar, que para eso estoy en tu casa.

—Hay hospitalidades funestas—contestó Carlos resignado, sentándose de nuevo.

—¿Qué te parece, barón? ¿Jugamos un poco?

—Por mí, encantado—contestó Max.

Clarita trajo un fonógrafo, y poniendo un disco les dijo con espanto a los demás jóvenes invitados:

—Vamos a bailar antes de que nos llamen para jugar al «bridge».

—¡Clarita!—llamó en aquel mismo momento Eloísa—, nos hace falta un jugador. ¿Quién de vosotros quiere hacer el cuarto?

Clarita miró a sus amigos con rapidez, eligiendo:

—Anda, ve tú, Enrique—le dijo al hermano de su amiga, que tenía cara de bonachón.

Enrique fué a tomar parte en el juego, mientras que Clarita respiraba tranquila y les decía a los demás con alegría:

—Veréis. Se pone el gramófono sobre el piano, y no hay piano en el mundo que toque como este piano. ¡Javier buscaba entre los discos,

Clarita, que odiaba el juego de «bridge», le suplicó:

—Pon un disco de esos que no dejan jugar a las cartas.

Su amiga Mary intervino para decirle:

—¿Por qué será que los extranjeros son siempre tan interesantes? Figúrate que cuando estuvimos en Viena, hasta mi hermano Enrique tenía un gran éxito. No hay nada como estar en otro sitio para destacar—y señalando a Max, afirmó—: El barón ese tiene un tipo bárbaro. Parece, parece... un secuestrador de mujeres.

Vera y José Luis formaron su tertulia aparte, en un rincón al otro extremo del salón.

—¿Quieres que vayamos al «hall» a bailar?—propuso José Luis.

—Luego —contestó Vera con tono cansado.

—Vera, ¿qué te pasa?, ¿qué cosa ha cambiado entre los dos que ya no eres la misma de la mañana?

—¿Es posible?—interrogó Vera extrañada.

—Te he estado observando durante la cena. Eras otra mujer. Te veía reír, bromear, hablar con los demás. No te reconocía.

—Tú sabes, mejor que nadie, que yo soy dos cosas distintas: un fantasma y una mujer. Esta mañana

has estado hablando con el fantasma sin darte cuenta.

—Haces mal en seguir burlándote de mí, porque yo te hablo de corazón—le reconvino José Luis enfadado, creyendo ver en la actitud de Vera una broma dirigida a su corazón, y, por tanto, de muy mal gusto.

—De eso precisamente se trata, de corazón. ¿No te parece un sueño todo lo que hemos hablado esta mañana?—preguntó Vera con firmeza ante la actitud seria y enfadada de José Luis, y añadió—. Yo ya he despertado.

—¿Te arrepientes de algo?—preguntó José Luis inquieto.

—Sí.

—¿De qué?

—De todo. De haber venido, de estar aquí, de hablar contigo...

—Pero, ¿qué dices?—interrogó jadeante y asombrado José Luis ante la actitud incomprensible de la mujer que amaba.

—Esta noche, en tu casa, entre los tuyos, he visto claro—le explicó Vera—: la historia de la aparición me hizo llegar a creer que era yo la mujer que tú esperabas. Pero ahora estoy segura de que el destino me ha traído aquí para hacerte desgraciado. Tenemos que luchar contra esto—añadió decidida.

—No hay más que un destino, uno solo—le afirmó José Luis.

—Eso es lo que me aterra. Y por eso quiero marcharme de esta casa, huir, alejarme de ti.

—Vera... — exclamó José Luis, tratando de calmar su excitación.

—Y ahora vamos a bailar. Quiero distraerme. Estas paredes me imponen—le atajó Vera.

—Prefiero hablar contigo en el campo, a pleno sol—fué la respuesta batida que José Luis encontró ante el peligro de ver esfumarse como un verdadero fantasma el único y verdadero amor de su vida.

Arlette, Rigal y Juan llegaban más que andando arrastrándose y sin fuerza para hablar, a la puerta de la casa del coto.

—Dile al señor que aquí están unos señores que he encontrado perdidos en la marisma y que me dijeron que venían al coto—le dijo un criado a Anselmo.

Y Juan añadió:

—Dígale usted que le espera aquí un poco de aquer Juan que er conoixió en er tiro, un poco na más, vamos, lo que ha quedao.

Cada uno dejó caer más que expresó su deseo. Rigal le dijo al criado:

—A la señora condesa que ha llegado su tío.

Y Arlette añadió:

—De mí no diga usted nada. Ya me verán.

Anselmo se permitió dar su opinión, viendo el estado lamentable de los recién llegados:

—¡Pues si que habrán pasado un día divertio los señores!

Arlette se encaró con Rigal, haciéndole culpable de todos los padecimientos del día:

—La verdad es que es usted una calamidad.

—¡Hombre, esto sólo me faltaba!

—¿A quién se le puede ocurrir una excursión como ésta?

—¿A quién? ¡Pues a un bárbaro como éste!—exclamó señalando a Juan furibundo.

—Oiga usted, señor, que yo me comprometo a traerle a usted al coto con los ojo bendica, sin desviarme ni un tanto asín. ¡Pero es que ese condenao de jaball me despertó!

Rigal se levantó de su asiento para contemplar la hermosa caja de caudales que había en el salón encuadrada en la pared.

—Magnífica caja de caudales.

El criado preguntó:

—¿Er señor es aficionao a las antigüedades?

—Mucho—afirmó Rigal.

Al oír esta afirmación, Anselmo le explicó con gran admiración:

—¡Por ahí dentro hay un collá que vale un mundo.

Al oír esta aclaración tan fabulosa, los invitados, cansados, parecieron reanimarse, y sus miradas se cruzaron; en este momento volvió el criado, que con respeto les invitó:

—Pasen los señores por aquí.

La entrada de los recién llegados al salón fué recibida con palabras de asombro y admiración, viéndoles tan derrotados y en estado tan lamentable.

—No me explico cómo ha llegado mi tío a estas horas—dijo Vera.

—¿Que cómo ha llegado? Pues ya lo ves, hecho polvo.

Cuando las risas y exclamaciones cesaron, los grupos volvieron a repartirse.

Arllette y Max se alejaron con disimulo del centro de la reunión.

—Lo primero es comprobarlo. Necesitamos el plano. Mucho cuidado—le decía Max a la joven.

—¿Me promete que si lo hago nos marcharemos en seguida—interrogó Arlette con marcado nerviosismo.

—Sí—afirmó Max—, y ahora vuélvete a la casa, pues no conviene que nos vean juntos. Ahí viene la condesa.

Vera y José Luis se dirigían hacia ellos. Max lo observó y, rápido, le

hizo una seña a Arlette, diciéndole ésta en voz baja:

—Acuérdate de que me has prometido de que si esto de ahora sale bien no te ocuparás más de ella ni volverás a verla.

Y con gran disimulo y una gracia natural en ello, Arlette se dirigió hacia los recién llegados, preguntándole a José Luis, como si esto fuera la causa que allí la retenía, o el objeto que buscaba:

—Perdón. Quisiera escribir una carta y no sé dónde.

—Donde usted quiera. En el despacho encontrará papel y sobres —le contestó aliento el anfitrión.

—Gracias.

Vera y José Luis quedaron solos, y José Luis, que anhelaba este momento, pues durante todo el día se debía a los invitados, la interrogó con pasión:

—Y ahora explicame. ¿Por qué me dijiste anoche que estabas arrepentida de haber venido?

—No sé. Tuve la sensación... —le contestó Vera con una actitud y forma de ver las cosas completamente distintas a la del día anterior—. Tuve la sensación por un momento de que nos amenazaba un peligro. ¡Y pensar que sueño con este viaje desde que era niña! Me gustaría hablar con tu padre de estas cosas.

—¿Y por qué no conmigo?

—Después, después de hablar con él. Me tranquilizaría mucho. Me encuentro como perdida en este rincón del mundo, como abandonada...

—Pero no estás sola. Estás conmigo, que te quiero, que la querré siempre.

—Estoy segura de que haces mal en quererme. Te confieso que es una especie de superstición.

—No se hace bien ni mal en querer. Se quiere o no se quiere. Eso es todo—contestó José Luis vehemente.

—Pero siempre nos gustaría explicarnos las causas ocultas del cariño. Si las viéramos con claridad, nos asustaríamos a veces—reconvinó Vera.

—Mira, te veo preocupada, y eso no me gusta. Mañana saldremos a pasear por el campo a pleno sol, como tú querías anoche. Iremos hasta las dunas... aquello te gustará—afirmó José Luis, con una mirada vaga, tratando de disipar la preocupación de Vera y sobrecogido ante la idea de su próximo paseo a las dunas de la misteriosa marisma.

* * *

La luna brillaba alta, y el ambiente del coto encerraba aquella noche algo misterioso. Junto a la

cercada de la casa, vestido de smoking y fumando un cigarrillo, José Luis, pensativo, cambiaba algunas impresiones con su fiel criado Anselmo.

Don Carlos Almenaras se acercó a ellos, preguntándole a su hijo:

—¿Qué hace Vera?

—No lo sé. Se ha quedado muy impresionada después de nuestro paseo a las dunas.

—Tenemos que distraerla esta noche—afirmó Carlos, y dirigiéndose a Anselmo, le ordenó:—Vete preparando a la gente.

—Sí, señor—contestó respetuosamente el guarda retirándose.

—No sé lo que le pasa—siguió explicándole José Luis a su padre, cuando estuvieron solos—. Vera está muy nerviosa.

—Lo habrás hablado de tus alucinaciones, de tus fantasías, como si te oyera—le regañó Carlos.

—Sí—reconoció José Luis—; pero lo que parece impresionarle más es nuestra casa, estas paredes. No sé, Vera me desconcierta. No llego a comprenderla nunca.

Eran varios los invitados que faltaban en el salón aquella noche: unos tomaban el fresco en el jardín, mientras que los demás, animados por Arlette, que cantaba al mismo tiempo que tocaba el piano, bailaban en el salón.

Algo extraño ocurría aquella noche en la casa del coto. Max escuchaba la canción de Arlette hundiéndose en un sillón, junto al pie de la escalera, que daba al salón, y de donde dominaba con la vista el ala derecha de la casa y parte de su planta alta.

Por aquella planta alta vió Max avanzar a Vera; iba en traje de noche blanco y procuraba no ser vista; más que andar parecía volar por el corredor, sin hacer ningún ruido.

Con su pelo suelto, más pálida que nunca y en actitud tan misteriosa, Vera era el contraste impresionante de una aparición.

Siguió con cautela hacia la puerta del cuarto cerrado.

Rigel se presentó en aquel momento por el fondo del «hall»; debía venir del piso superior o tal vez del jardín. Entró procurando adoptar un aire de naturalidad, y sus ojos escudriñaron la escalera que conducía al corredor por donde poco antes apareció Vera.

La condesa entró en el salón en aquel instante, y recobrando su aire jovial y descuidado, se mezcló con los grupos que formaban las tertulias del salón.

Max, por una seña, hizo comprender a Arlette, que la miraba con frecuencia sin dejar de cantar,

que se había dado cuenta de las escenas anteriores.

Arlette, con disimulo, contestó a la seña de Max, dándole al «foxx» que cantaba un nuevo ritmo, haciendo con su graciosa voz la delicia de los invitados.

En el cuarto inmediato algo extraño sucedía. Iluminada por la luz de la luna, Vera, que disimuladamente se había retirado del salón, se encontraba parada ante la caja de caudales; su vestido blanco brillaba bajo el resplandor lunar; parecía un espectro.

Con la misma cautela que empleó para entrar en el cuarto, se retiró, saliendo por una ventana que daba al jardín.

Mientras tanto, Arlette terminaba con una nota candentiosa su canción, recibiendo felicitaciones de los presentes.

—La canción es preciosa.—aseguró Max.

—Me gustaría que me la enseñara usted—le suplicó Clarita.

—Cuando usted quiera—le contestó Arlette con simpatía.

José Luis, que había estado ausente, entró en el salón e indicó a los invitados:

—Mi padre os espera.

Y dirigiéndose expresamente al barón, le preguntó:

—¿Ha visto usted a Vera?

—No, no la he visto—contestó Max indeciso.

—Si hace un momento entró en el salón—le indicó Clarita, que había oído la pregunta.

—Voy a buscarla. Ir vosotros al patio—le suplico José Luis.

José Luis se dirigió a las habitaciones interiores en el preciso momento en que Vera salía del despacho.

—¡Al fin te encuentro!—exclamó José Luis.—¿Qué haces aquí?—le preguntó extrañado al verla.

—¡Ay! José Luis, me has asustado—le dijo Vera sorprendida al ver entrar al joven.

—¿De veras? No puedo creerlo—contestó José Luis riendo del sobresalto de Vera.

—Sí; me he quedado tan impresionada, que me asusto de cualquier cosa.

—¿Qué hacías aquí, a oscuras?—preguntó José Luis extrañado.

—Nada—contestó Vera algo avergonzada, como si la hubiesen cogido en un delito.

—Nada... no quiere decir nada.

Era ésta la primera vez que José Luis intentaba saber algo referente a la mujer que quería, y las respuestas indecisas y nerviosas de Vera no dejaron de intrigarle.

¿Por qué ese azoramiento y esa inquietud que se dibujaban en su

rostro pálido ante tan simple pregunta?

José Luis, que hasta ahora no había reparado en esos titubeos y en las frases poco claras, sin sentido fijo y siempre envueltas en lo que él hasta este momento había considerado como simples tópicos en la forma de expresarse de Vera, quedó por vez primera extrañado de sus respuestas vagas, al comprobar que ésta se veía confundida ante una pregunta tan sencilla como la que acababa de dirigirle.

Vera se dio cuenta perfecta de la reacción de José Luis, y con sutileza e inteligencia femenina le dijo:

—Pensaba en ti, en nosotros. José Luis, dime que yo puedo hacerte feliz.

—El hombre más feliz de la tierra.

—Así. Dímelo otra vez. Necesito oírte muchas veces. Repítetelo.

—¿No estás tú segura?

—Yo, sí. Pero... Tú no sabes quién soy yo. Prométeme que cuando lo sepas, aunque la gente, los tuyos sobre todo, te digan lo que te digan, tú no dejarás de quererme—le suplicó Vera.

Estas súplicas exigentes de Vera de oír de los labios de José Luis lo que ella sabía que era perfectamente cierto, radiante en la hermosa realidad que llenaba al joven de ilu-

sión, rebotando por sus ojos en el fuego de las miradas llenas de amor que constantemente le dirigía, también vinieron a contribuir y a turbar el pensamiento de José Luis.

¿No veía ella en sus ojos la confirmación del amor que le profesaba? ¿No estaría aún cierta o segura de la profundidad del amor que hacia ella sentía?

Debia tener más fe, pensó José Luis. En los pocos días que llevaban en la marisma se lo había dicho, demostrado y jurado mil veces en la casa, en el jardín, en las dunas durante su paseo, y siempre que la oportunidad se lo permitía y el momento era propicio.

Además, ¿por qué aquella preocupación, al parecer sin fundamento sólido que la justificase, de si él la conocía más o menos?

«Tú no sabes quién soy yo». Esta era la razón que Vera antepone a sus fundamentos al parecer llenos de temor de perder el amor que él con toda su alma le entregaba; dispuesto a saltar todos los obstáculos imaginables por conseguir el propósito de hacerla suya, ante la grandeza de sus pensamientos, todas las razones y dificultades resultaban aplanadas; esa pequeñez del tiempo, del trato e incluso como lo que ella decía: «No saber quién era», no eran para José Luis más

que bagatelas pueriles sin importancia ante la grandeza y la realidad de lo que para él no había sido más que un sueño, un sueño atormentado en la larga espera de la mujer que él esperaba, de la mujer que él vió en sus delirios, en su fiebre que había cesado trayendo amor y paz a su corazón inquieto, desde el primer momento en que la vió a ella, seguro de encontrar en su amor un sedante en su fiebre de amar a un fantasma que como tal no existía, y que en una confusión exquisita tomaba forma y vida en una criatura tan delicada y bella como Vera, en esa mujer inquieta y llena de simpatía que no cesaba de intrigarle, torniendo con más fuerzas que nunca que lo que para él era todo pudiese volver, como en sus sueños locos de espera en la marisma, a desaparecer.

El amor seguía viviendo en el corazón de José Luis, pero la paz en estos momentos no existía, agitada por las conjeturas que sobre todas las cosas cosas y sin sentido que veía y oía en Vera estaba haciendo.

Vera había ampliado el misterio que la rodeaba, con aquel temor que manifestaba sobre el día en que todos, y él en particular, supiesen quién era, temor vago y al parecer sin lógica, pero que, al juzgar por su preocupación debía torturarla y

hacia que él mismo llegase a dudar de su personalidad, inspirándole recelo incluso su mismo nombre.

Aquello no podía continuar así; pero José Luis no se veía con fuerza para preguntar y tratar de averiguar el fondo de aquellos recelos; mas pensó José Luis que todos aquellos temores debían ser fruto de la inquietud y la agitación que dominaban a Vera desde la reciente visita que ambos por la tarde habían hecho hasta las dunas, y de la cual la joven volvió profundamente impresionada.

Tal vez el mismo fuese el causante del estado de inquietud de Vera, se reprochó José Luis a sí mismo. Encontrando en ello un atenuante para la actitud recelosa y casi incomprensible de Vera, le cogió una mano con cariño y la besó, tratando de calmarla. Y le dijo:

—Estás nerviosa. ¿Qué pueden decirme de tí?

—Lo que sea. Prométeme que me querrás siempre, que no te separarás de mí—insistió Vera.

—Pero...

—¡Prométemelo! —exigió Vera con una tenacidad que sorprendió al joven, que sin comprender el fin de aquella promesa, contestó:

—Prometido.

—Ahora ya no le tengo miedo a nada—le aseguró Vera.

Y los dos salieron del despacho alegremente. Se dirigieron al patio, donde la fiesta estaba en todo su auge. Juan pasaba entre los invitados ofreciéndoles cañas, y unos guitarristas alegraban la fiesta con sus melodías andaluzas.

Carlos Almeráras, al verlos salir, se dirigió hacia ellos.

—¿Dónde estabas?—le preguntó a Vera.

—Hablando con José Luis.

—Y yo aquí esperándote.

—¡Eres una ingrata! Todo esto lo he organizado para ti—le reprochó Carlos.

—¡Qué bueno eres!

—Oye, de vez en cuando empleas un tono conmigo como si fuera tu padre. ¡Eh, todavía no, todavía no! —bromeó Carlos.

—¡Qué tonto! —le regañó Vera ruborizándose al oír la indirecta.

—¿En qué quedamos? ¿Bueno o tonto?

—Las dos cosas—contestó Vera riendo y feliz.

Juan se dirigió a Rigal:

—Si me oyes usté cantar estas cosas...—afirmó Juan al oír entonar un fandanguillo.

—Lo supongo.

—Es que hay que oírme. Abro yo la boca y to er mundo se queda callao.

—Sí, es muy difícil encontrar un buen insulto así de pronto—bromeó Rigal.

Max entró en el patio. Un zagal vestido a usanza andaluza bailaba una bulería; su sombra se reflejaba en el suelo. Arlette aprovechó la ocasión de que todos los invitados miraban el baile del zagal para cruzar con Max una mirada de inteligencia.

La señora Eloisa se dirigió a su hija diciéndole entusiasmada:

—Así me gustaría a mí verte bailar. Tendrías un gran éxito.

—Pero, mamá, ¡si yo ya soy mayorcita para subirme en una mesa!

—contestó Clarita viendo que el bailarín saltó de una mesa, acentuando el zapateo febril de la danza.

—A tu padre se lo vi yo hacer muchas veces. ¡Y era tu padre!...

¿Qué le dijo?...

EL ÉXITO DEL AÑO

Nueva modalidad del chiste, de los célebres

HERMANOS CAPE

Núm. 1.—“Voy sangrando lentamente”

» 2.—El elefante y la pulga

» 3.—Dedicado a los populares clowns musicales HERMANOS CAPE

» 4.—¿Qué le dijo el cliente al sastre?

» 5.—¿Qué le dijo el niño al barquillero?

» 6.—¡Pum! Mañana, luna nueva.

» 7.—El toro y el torero

Precio
1'50 ptas.

PEDIDOS A
EDITORIAL “ALAS”
APARTADO 707 - BARCELONA

UN ROBO

UN criado entró con gesto preocupado en el patio; se dirigió a Carlos Almenaras y le dijo unas palabras al oído.

Carlos se levantó impresionado, y siguió al criado hasta el despacho inmediato.

La caja de caudales estaba abierta.

Anselmo trataba de dar explicación a lo ocurrido:

—Como los señores estaban en el patio y hay mucha gente nueva en el servicio que uno no conoce, se me ocurrió dá una vuelta por la casa. Entré en el despacho y vi la caja abierta. Me ha parecido mejó no moverme de aquí y por eso he mandao a llamar al señó.

—Muy bien, Anselmo—contestó don Carlos.

—No he querido tocá nada hasta que el señó viniera.

Carlos se dirigió al criado que lo había avisado, y le ordenó:

—Al señorito José Luis que venga un momento.

Carlos investigó, miró la caja, viendo si faltaba algo.

—¿Falta algo, señó? —interrogó Anselmo con miedo.

—Ha desaparecido el collar—contestó Carlos Almenaras con tranquilidad.

—¡El colló! —exclamó asustado Anselmo, llevándose las manos a la cabeza con gesto apurado.

—Yo no he entrado en el despacho. ¿Y tú?—interrogó Carlos.

—Tampoco hasta este momento—contestó pensativo Anselmo—. Pero yo quiero recordar...

José Luis entró en aquel momento en el despacho.

—¿Qué pasa? ¿Qué es lo que me ha contado éste?—interrogó señalando al criado que se retiraba.

—Pasó algo muy extraño; el collar no está en la caja, y ésta la ha encontrado Anselmo abierta—le explicó su padre.

—¿Es posible?—preguntó José Luis sorprendidísimo, acercándose a la caja y comprobando por él mismo la desaparición.

—¿De manera que no has sido tú el que la ha dejado abierta?—preguntó Carlos, que aun guardaba una esperanza.

—¡Qué idea!—contestó José Luis sin dejar de buscar.

—¿Ni tú tienes el collar?

—No—afirmó José Luis.

—Entonces no cabe duda. Alguien lo ha robado.

—¡Increíble! ¿Pero quién crees tú que pueda haber entrado aquí?

—Una de dos. O alguien que no sabía lo que había dentro de la caja o alguien que sabía que aquí se guardaba el collar.

—¡Un momento, señores!—les dijo Anselmo—. Perdonen los señores. Pero es que acabo de recordar una cosa que debo decirle. Yo le he dicho a una persona que en la caja había un collar que valía un mundo.

—¡Nombre!—le pidió Carlos.

—Sí, señor, una indiscreción. ¡Que habla uno más de la cuenta! Pero así fue.

—¿A quién se lo dijiste?

—Al señor Rigal; el tío de la señora condesa.

—¡Menos mal!—respiró Carlos—y no te parece...—indagó de José Luis, viendo en aquella persona un caballero de confianza, y queriendo compartir la idea de su hijo.

José Luis quedó cortado al oír aquel nombre, y murmuró pensativo:

—Si la cosa no tiene mayor importancia. ¡Cualquiera puede haber estado en el despacho! Yo mismo recuerdo que esta mañana, hoy precisamente, le dije a Arlette que podía entrar aquí.

—¿Para qué?

—No sé... unas cartas...—recordó José Luis.

—¿Quién es esa mujer... Arlette?

—No lo sé.

—¿Quién la contrató para venir al coto?

—Tampoco lo sé—afirmó José Luis.

Anselmo intervino para explicar:

—La señorita Arlette llegó al coto con el señor Rigal.

José Luis se iba poniendo nervioso.

—Mira, ve y ocúpate de que siga

la fiesta en el patio. Ya te diremos después lo que hay que hacer—le ordenó a Anselmo.

Y volviéndose a su padre, le dijo:

—Tengo que hablar con Vera. Ella nos aclarará muchas cosas.

—Supongo que no le irás a hablar de su tío, ni a reprocharle que haya invitado a Arlette—le preguntó Carlos a José Luis, que paseaba por el despacho con gran nerviosidad—. Yo quiero que guardes un buen recuerdo de esta temporada. No te olvides de que Vera es mi debilidad... y la tuya—le hizo ver Carlos preocupado por las intenciones que pudiera guardar José Luis.

—¿Me perdonáis un momento?—preguntó Vera entrando en el despacho—. Acabo de enterarme de lo que sucede. Me gustaría hablar con vosotros.

—Me alegro de que hayas venido. Yo también quiero hablar contigo—fué la respuesta un tanto adusta de José Luis.

—Os dejo—le dijo Carlos, viendo lo embarazoso del momento.

—Por mí puedes quedarte—le aseguró su hijo.

—¡Claro!—corroboró Vera con naturalidad.

—No. Prefiero dejarlos solos. No estoy muy seguro de que éste—dijo señalando a su hijo—no vaya a decir alguna tontería.

Y Carlos salió del despacho, dejándolos solos.

—¿A qué tontería se refiere tu padre?

—A ninguna en especial... Ya le conoces.

Y José Luis invitó a Vera a sentarse en un sofá.

—Bueno—exclamó Vera suspirando, y creyendo que la entrevista tenía una justificación muy distinta—pues yo quería hablar de lo del collar.

—Sí, la cosa no tiene más importancia que la de un robo. Pero comprenderás que durante todo ese tiempo me has dicho demasiadas frases vagas, misteriosas, cuyo contenido no he llegado a explicarme. Hoy deseo que me las aclares—lo dijo José Luis mirándola fijamente.

—No entiendo bien—exclamó Vera desconcertada por la forma en que José Luis le hablaba.

—La cosa es muy sencilla. Me has repetido infinidad de veces que no sé quién eres, que un día puedo descubrir tu verdadera personalidad, que si entonces la gente me dice algo contra tí, etc. Francamente. ¿No crees tú que ha llegado el momento de que hablemos, aunque sea por un pretexto tan lamentable como éste del robo?—interrogó José Luis.

Vera miró a José Luis fijamente.

sin responder, sorprendida ante la actitud del joven. Cuando se repuso, le dijo:

—Mirame fijamente, a los ojos. Contéstame ahora. ¿Es que sospechas de mí?—preguntó Vera a boca de jarro.

—No—fué la respuesta fría de José Luis.

—Entonces, ¿qué es lo que estabas pensando?—volvió a interrogar Vera, que con su perspicacia de mujer enamorada había adivinado una leve sospecha en las palabras de José Luis.

Por muy absurdo que parezca, José Luis, ante la claridad de los hechos que Anselmo acababa de aclarar y muy a pesar suyo, tuvo en el primer momento la sospecha de que Vera, no obstante ser para él lo más digno y puro que podía concebir, siendo ésta para él la mujer soñada, y arrastrado por los muchos indicios que sobre tal desaparición se cernían en torno suyo, no tuvo más remedio que dejar su romanticismo a un lado para pensar con fundamento en la realidad del robo.

Rigal, el tío de Vera, era para él un señor desconocido, tío de la mujer que amaba; pero que, como cualquier mortal, podía tener sus debilidades tratándose de una joya de tan extraordinario valor, tanto por lo que valía como por ser una joya

tan antigua y tan buena como era el famoso collar.

Además, las palabras de Vera eran un fundamento más para justificar las sospechas que José Luis abrigaba. El joven repasaba por su memoria atormentada las frases vagas y misteriosas que Vera le había dirigido aquel mismo día, sin querer llegar a una determinación fundada en sus sospechas, que, además, de sólo pensarlo le herían profundamente.

Trató, valiéndose de todos los medios que la cortesía en aquellos momentos permitía, de descifrar el enigma que encerraba aquel robo tan inesperado y que con triste fatalidad rondaba alrededor de la mujer que amaba y de las personas que con ella habían acudido al coto.

José Luis, en efecto, pensaba que Vera había sido la única que aquella noche desapareció del salón donde se celebraba la fiesta, y cuando él la encontró, después de buscarla durante algún tiempo, ella no pudo ni supo darle una explicación que justificara su ausencia, y contestándole nerviosa, como temerosa de encontrarse ante él; mas José Luis no podía ni quería creer que Vera estuviese mezclada con ese robo, no podía concebir que esa criatura que esperaba ante él angustiada, temblando al esperar la conclusión

de lo que él estaba meditando, fue se capaz de tal felonía. Pero no pensaba así de las personas que con ella se encontraban, ante la evidencia de los hechos que hacía que todas las sospechas fuesen dirigidas hacia ellos, y tal como lo pensaba, con franqueza se lo dijo:

—No sospecho de ti. Sería absurdo. Pero sí de alguien que está muy cerca de...

—¿De mí?

—Me violenta hablar contigo de esto.

—Habla. No importa. Vamos a ver —exigió Vera—, alguien que está muy cerca... ¡Ah! ¿Rigal? —interrogó con ironía—, ¿mi tío?

—Hace un momento, Anselmo, el guarda, a quien yo conozco bastante para adivinar lo que quiere decir, ha repetido su nombre dos veces —afirmó muy serio José Luis—. Es muy natural que Anselmo, dada su mentalidad, se le haya ocurrido —continuó José Luis trafando de suavizar la sospecha y la dureza de sus palabras—.

Vera, al oír esta sospecha, no pudo contener sus risas.

—¡Y a ti también! No lo niegues. Ahora me explico tu actitud. ¡Claro! El tío sospechoso; la sobrina diciendo frases vagas, misteriosas... ¡son tus mismas palabras! le dijo Vera sin dejar de reír, pre-

guntándole—. ¿Qué es lo que querías que yo te explicara? ¿Por qué robé el collar?

—Yo no he pensado eso nunca. Te quiero demasiado para pensarlo —fue la réplica clara y enérgica que brotó del corazón de José Luis.

Vera cesó bruscamente de reír y le preguntó:

—¿Y si en realidad lo hubiera robado?

—¿Para qué torturarnos más? Dejemos eso. Estoy arrepentido de haberte dicho nada —contestó José Luis arrepentido de haber sospechado de una persona que tenía relación familiar con la mujer que él amaba.

—Contéstame —exigió Vera muy seria—. Si yo hubiera robado el collar, ¿me querías lo mismo?

—¿Por qué me lo preguntas? —interrogó José Luis sorprendido ante tal exigencia.

—Para saber cuánto me quieres —le aclaró Vera con un gesto mezcla de amor y amargura.

—Ya he hecho de ti un sueño, sin fantasma, una ilusión...

—Y todo ese mundo se te derrumbará. ¡No me quieres tanto, José Luis, como yo me figuraba —contestó Vera llena de tristeza al ver que el amor de José Luis no era tan sublime, hondo y verdadero como el que ella anhelaba.

Y se retiró del despacho.

José Luis, arrepentido y lleno de dolor, viendo que Vera sufría por su causa, trató de detenerla.

—¿Qué haces? ¿Adónde vas?

—Vuelvo en seguida. Espérame aquí—fué la respuesta enérgica de la condesa polaca...

En el salón, el robo se comentaba ya de boca en boca. Eloísa, sin disimular su curiosidad, se dirigió a Carlos, que entraba pensativo en el salón, y suplicante, le preguntó:

—Pero cuéntame, cuéntame con detalles!

—No hay más detalles, Eloísa. No hay más que los que te he dicho. Ha desaparecido el collar.

—¡Asombroso!, pero no debes disgustarte. El collar no os podía traer nada bueno. Sería una joya histórica. Pero, ¿qué historia es la suya! ¿Qué piensas hacer?

—No lo sé aún. Ahora voy a hablar con Vera.

—¡Con Vera! Mucho me temo que te hayas equivocado respecto a esa muchacha—le dijo Eloísa, que aprovechaba todas las ocasiones o indicios que pudieran ser desfavorables para la extranjera.

—Bueno, Eloísa, hasta luego—le atajó Carlos.

—Sí, vete. No te detengo. Yo también voy a subir a mi cuarto a

ver mis joyas. ¡Estoy inquietísima! —exclamó Eloísa con excesivas muestras de intranquilidad.

José Luis quedó abatido en el despacho, pensando lo incorrecto y en lo duro que había sido con Vera.

Ella lo sacó de su pensamiento volviendo al despacho, como le había prometido.

—Me hubiera gustado —te lo confieso— que me hubieras querido más. Por una de estas frases ridículas: «Yo te querré pase lo que pase», «tuyo hasta la muerte», por oírte cualquiera de estas frases hubiera dado un mundo. Pero me he equivocado. A ti no te interesa sino el collar. Aquí lo tienes.

Y mostrando en sus manos, que tenía escondidas en los pliegues de su vestido de noche, le presentó el hermoso collar.

—¡Vera!... No es verdad... —fué la respuesta anonadada y vaga de José Luis, que no quería ver la realidad, la verdad presente—; dime que esto no es posible.

—Todo es posible, José Luis. Las vueltas que dan los años y la vida son tantas, que todo puede volver a ocurrir. Incluso que volvamos a vernos otra vez. Todo puede volver de nuevo como la cosa más sencilla. No te apures.

—Pero ya no serás la misma...
¡tú, Vera, tú!

Y sin saber lo que hacía, viendo el hecho real y la certeza de sus sospechas aclaradas, vió que el corazón de Vera, como una nube, como un fantasma, se esfumaba. José Luis fué hacia ella e intentó abrazarla.

Vera se retiró muy digna al tiempo que la puerta del despacho se abrió entrando Carlos, que preguntó:

—¿Habéis terminado de hablar?

—Sí; le entregaba en este momento el collar a José Luis. Aquí está.

Y le entregó el collar a Carlos, pues José Luis ni siquiera había acertado a cogerlo.

Carlos Almenaras miró el collar con atención, y sin dejar de mirarlo, le pidió a su hijo:

—José Luis, ¿quieres dejarnos solos?

—Sí, es mejor—contestó José Luis tras una pausa.

Después de examinar el collar detenidamente, Carlos se dirigió a Vera observándola con atención.

Vera, como una musa redimida, se dejaba contemplar, pálida, con los ojos tristes mirando hacia el cielo.

Después de su observación, Carlos la cogió por los brazos cariñosamente y le suplicó:

—Déjame verte bien. No sabes la alegría que me da que hayan venido a esta casa, que estéis entre nosotros.

Y sentándose en el sofá, le explicó:

—Hay algo que quiero enseñarte. Es un cuarto cerrado durante muchos años en el que José Luis entró de pequeño y se asustó mucho. El apenas lo recuerda, pero tuvo una gran crisis nerviosa. Desde entonces no ha vuelto a abrirse. Tú y yo esta noche vamos a visitarlo. Ven conmigo.

Y Carlos y Vera se retiraron del despacho.

La escena que acabamos de presenciar hubiese dejado sin habla y confundido a José Luis y, desde luego, extrañado, como lo estamos nosotros.

¿Qué misterio encerraba aquel collar para que Carlos, después de ver la realidad manifiesta del hecho, y de contemplar a la mujer que ante su hijo y él mismo había aparecido como una simple ladrona, la tratase con tanta delicadeza?

El misterio que pesaba sobre la marisma venía a enredarse y a complicarse con este nuevo e inesperado suceso y la más inesperada reacción y actitud de Carlos; mas ahora, el mismo Carlos parecía estar incluido en él y formar parte de

aquellos hechos tan extraños. Algo flotaba en el ambiente de aquella casa, que deprimía y parecía complacerse en atormentar e intrigar a sus moradores.

Pero el sentido común y el razonamiento nos dan a entender que aquel misterio no debía ser tan obscuro como al parecer se presentaba, sumiendo al pobre José Luis en un mar de confusiones.

Carlos Almenaras debía saber algo más de la cuenta, sobre todo en aquel enredo. Así lo daba a entender su forma de proceder. Y Vera, por su forma de reaccionar, se debía entender perfectamente con él, pareciendo ser los dos y únicos poseedores de aquel misterio, que desde tanto tiempo atrás rondaba como una sombra alrededor de aquella casa.

Después de comprobar la restitución del collar por Vera, acusándose

a ella misma, Carlos la abrazaba, y ella, tranquilamente, se dejaba querer, proyectando ambos una visita al cuarto cerrado, en el cual nadie había entrado desde hacía cerca de cien años.

Y ahora, precisamente en esa noche tan embarazosa y violenta para todos, Vera, una persona completamente ajena a la familia, iba a ser la persona sobre quien recaía el honor de franquear aquella puerta vedada a todos desde hacía tanto tiempo.

Esperemos que los acontecimientos nos digan algo sobre este misterio y que, por paradoja de la vida, encontremos en la obscuridad de ese cuarto cerrado la claridad y la luz que nos den la clave y nos ilumine en la intriga que se cierra en la misteriosa marisma.

EL CUARTO CERRADO

TODOS los invitados del coto descansaban. La noche cubría con su espeso manto las llanuras misteriosas de la marisma. Únicamente Vera y Carlos estaban aún despiertos y sigilosamente se dirigían por la galería superior al cuarto cerrado.

El resplandor nocturno de las velas, del candelabro que Carlos llevaba, los iluminaba el rostro, no llegando su luz a variar las altas paredes, dándole a aquel lugar algo de fantástico y tétrico.

Carlos, sacando una llave, abrió la puerta del cuarto misterioso. Vera y Carlos escudriñaron la obscuridad llenos de curiosidad.

Descubrieron un salón vacío y abandonado. El papel de las pare-

das colgaba hecho jirones; se adivinaban algunos muebles polvorientos y desvencijados.

Vera, atemorizada, se cogió a un brazo de Carlos. Este avanzaba con el candelabro en alto.

Vera, bajando la voz sin saber por qué, le susurró al oído:

—Carlos, me da miedo esta habitación; no sé por qué.

—¿Qué ves allí?—le preguntó Carlos sonriendo.

—Nada. No veo más, por todas partes, que soledad y tiempo de cosas que me espantan.

—Ven—le ordenó Carlos sonriendo, y levantó el candelabro, que iluminó en un rincón del salón un retrato de señora, pintado entre los años 1840 y 1850, que reproducía exactamente las facciones de Vera.

Sobre el pecho de la retratada lucía un collar, idéntico al que tenía José Luis.

Carlos y Vera debían saber demasiadas cosas; y la invitación de Vera al coto tenía relación con todo aquello, pues Vera parecía entenderse admirablemente con Carlos Almenaras. Lo único que objetó Vera al ver el retrato fué un:

—¡Ah, esto no lo sabía!

—Es un retrato casi olvidado —le explicó Carlos—; nosotros lo hemos dejado ahí por una tradición piadosa. Tanto mi madre como yo lo hemos dejado siempre en el sitio donde lo colocó mi abuelo. Viudo ya, muy joven todavía, esta mujer volvió a despertar en él la ilusión de vivir.

Vera le escuchaba recogiendo con avidez sus palabras. Carlos siguió su historia:

—Decidió rehacer su hogar, y fué fijada la fecha de la boda. Los preparativos se mezclaron con grandes fiestas en el coto. El rumor de cacerías y saraos llenaba toda la comarca. En este mismo salón, el 15 de mayo de 1843... Era una tarde víspera de la boda, se celebraba una reunión.

Vera cerró los ojos; soñaba, veía aquel salón lujosamente decorado, según la moda del siglo XVIII, gru-

pos de invitados, hasta le parecía oír sus voces y risas.

El salón parecía estar inundado por la luz del sol que penetraba con alegría por los balcones y ventanas abiertos.

La puerta del fondo se abrió de par en par, y Vera y José Luis entraron vestidos con trajes de época. Vera llevaba sobre su pecho el famoso collar.

—¿Y toda esta fiesta para mí? —preguntó Vera con encanto—. ¿Todos estos invitados?

—Serán muchos más —contestó radiante de felicidad y con orgullo José Luis—, por todos los caminos de Sevilla vienen hacia el Coto mis amigos para compartir nuestra dicha. Mañana es nuestro día. Hoy es el de ellos.

Una música deliciosa animaba a los allí reunidos. Vera y José Luis recibían y hacían los honores a los recién invitados que iban llegando.

—¿Estás contenta? —le preguntó José Luis a su prometida.

—Sí, mucho. Aunque me encuentro cohibida con tanta gente como ha venido a conocerme. ¿Te has fijado? ¿cómo me miran!

Los invitados les observaban y hacían comentarios; dos damas y un caballero, los tres de edad y aspecto respetable, se fijaban en ellos. Una de las señoras indicó:

—No puede quejarse del éxito que tiene.

Y enfocó con su impertinente a Vera.

—A mí no me gusta esa mujer —opinó la otra dama.

—A mí sí —convino el caballero.

La primera dama volvió a dar su opinión:

—Estas extranjeras, en cuanto salen guapas, acaban siempre descubriéndose que son unas aventureras.

—Pero si son guapas... —convino el caballero con mirada pícaro.

—No creo que lo haga feliz.

Una de las damas le dijo a la otra confidencialmente:

—Dice que el collar ha costado una fortuna.

José Luis, ardiente y con una mirada enamorada, se acercó a Vera; y cogiéndola cariñosamente por las manos, le preguntó mirando el collar:

—¿Te gusta?

—Mucho, pero ha sido una locura —contestó Vera, reprochándole con dulzura el coste tan elevado del collar.

—La primera —le aseguró José Luis.

—Y la última. Me lo has prometido. Antes de casarnos tendrás que repetir muchas veces que me que-

rrás siempre —le pidió amorosamente Vera.

—Sí, Vera, porque me da miedo tanta felicidad —contestó José Luis con un vago presentimiento reflejado en su rostro que hizo estremecerse a Vera.

—Estoy un poco fatigada. Tanto gente me agobia.

—No podemos decirles que se marchen —le hizo ver José Luis.

—No, pero podremos marcharnos nosotros. Están tan distraídos, que ni lo notarían —le propuso Vera.

—Como quieras.

—Pues vamos a coger los caballos y dar un paseo. Tomamos un poco el fresco y volveremos en seguida. ¿Quieres?

Y, cogiéndose de la mano, Vera y José Luis se retiraron del salón.

Vera se pasó las manos por los ojos; estaba fiebrosa. Aquella alucinación o sueño la había trastornado. Miró a su alrededor; los viejos muebles, bajo la capa de polvo que les cubría, parecían quejarse, recordando sus tiempos.

El retrato de la dama del collar temblaba bajo la débil luz del candelabro que Carlos sostenía. Esto contrajo su relato:

—No se les volvió a ver más. Se supone que fueron de paseo hasta las dunas. Allí debió atacarle una

de esas bandas de forajidos que merodeaban entonces por la playa. El cadáver del abuelo fué encontrado al día siguiente. Había señales de lucha en la arena. De su prometida no se supo más. Se supone también que habla sido apresada por los bandidos con la ambición del rescate.

—Ella recobró su libertad—terminó de aclarar Vera—al cabo del tiempo; huyó a su tierra a ocultar su desgracia. Viajó mucho. Después de algunos años fijó su residencia en Varsovia. Allí se casó con el conde de Lindorf. Fueron mis bisabuelos...

—Vera, no podía equivocarme. Desde que te vi por primera vez sospeché que tenías alguna relación con esta historia. No me hacía falta que me dijeras quién eras. Lo había adivinado—le dijo Carlos con alegría, cogiéndola entre sus brazos con cariño paternal.

—Sí, yo conocí la historia de esta casa. Para mí era como un viejo relato familiar. Por eso temía que me reconocieras, y estaba arrepentida de haber venido.

—¡Que ideal!—le reprochó Carlos—, pero escucha. Aun no lo sabes todo. Mi padre heredó este retrato, y llevado por su devoción a los recuerdos familiares, quiso reproducir el collar. Pero tuvo que contentarse con una copia falsa. Nuestra hacienda entonces no permitía otros

lujos. Y mira tú lo que ahora me sucede: A mí me han robado el collar falso, y me encuentro en cambio con el auténtico, con el del retrato.

—¡Naturalmente, como que es el mío; pero me bastó ver la actitud estúpida de tu hijo para entregárselo y darle una lección!

—¡Muy bien hecho! —aprobó Carlos, y dándole el collar, le dijo—: Te lo devuelvo. Pero dime una cosa. ¿Quién habrá robado el otro collar, el falso?

—¡Ah, eso no lo sé! Te confieso que no he pensado en ello. Yo bastante he hecho con ofrecerte el bueno—contestó Vera riendo.

Y ambos, cogidos por las manos, mirándose, felices, apagaron las velas y se retiraron del cuarto tanto tiempo cerrado.

Las velas se apagaron, y una obscuridad impresionante volvió a reinar en el cuarto cerrado; pero esta obscuridad nos ha dado la luz del misterio que se cierne desde hace casi un siglo sobre el «Coto de la Marisma».

Vera y Carlos, por fin, estaban completamente compenetrados, y por capricho del tiempo, volvía a aparecer en aquel salón destartallado, desde tanto tiempo atrás cerrado, la que era bisnieta de la mujer que en un día lejano había sido

el sueño y la ilusión del abuelo de Carlos.

Vera, en efecto, además de la indudable veracidad del relato que había hecho, aclarando las últimas dudas que Carlos tenía sobre el final de aquella antigua historia de amor que el destino había truncado, traía consigo una joya única en su estilo como prueba palpable de la herencia de aquella mujer llena de belleza y romanticismo, que durante un siglo había permanecido reinando en la soledad de aquel cuarto cerrado, sonriendo desde aquel retrato que colgaba majestuoso, siguiendo la tradición familiar, que llenó de respeto lo conservó siempre en su sitio.

Lo más interesante de todo lo aclarado era el contraste y el parecido tan perfecto que el retrato y Vera representaban: los mismos ojos grandes y claros, la misma sonrisa nostálgica y hasta la misma expresión, llena de temor y de felicidad, que atraían y sugestionaban.

Este parecido fué el que más impresionó a ambos. Carlos creyó ver en Vera una aparición de la mujer que tantos años atrás había desaparecido misteriosamente en las dunas, dando fin a un idilio tan romántico, que llamó y consiguió guardar la atención de toda Sevilla durante un siglo.

Vera, a su vez, vió en su bisabuela una historia llena de amor y de felicidad, que parecía seguir clamando aún por seguir viviendo, por eso pensó o soñó mientras Carlos hablaba, aquellas escenas, en que ella y José Luis, vueltos a aquellos tiempos, renovaban llenos de amor y de ilusión la escena del salón, para llevarla al término que tenía propuesto, unirse para siempre.

Y ahora todo había terminado; el misterio estaba aclarado, pero el sueño de Vera era imposible, según ella, que herida en su dignidad femenina recordaba con amargura las sospechas que esa misma noche, a consecuencia del robo de un collar, habían roto el idilio y la pasión que hacia ella habían dirigido con todas sus fuerzas los sentimientos hondos e inquietos de José Luis.

Doña Eloisa se dirigió a Rigal, que bajaba por las escaleras cargado de maletas. Rigal trató de explicarle algo sobre el collar.

—Ahora resulta que no ha aparecido el collar desaparecido. Porque el collar que ha aparecido no es el que ha desaparecido. ¿Lo entiende usted?

—Yo, no. ¿Y usted?—preguntó Eloisa.

—Tampoco.

—Pero ¿dónde va con esas maletas? ¿Se marcha usted?

—En el acto. Mi sobrina me ha dado una orden de esas que no admiten réplicas—e imitando el gesto autoritario de Vera, dijo—: ¡Baja las maletas!

—¿Qué manera de tratar a su tío!—exclamó escandalizada Eloisa, y se retiró a sus habitaciones.

Vera daba un paseo por el jardín, esperando que su tío ultimara los detalles de la marcha.

José Luis, que la había estado buscando, se acercó a ella al verla, interrogándola con la mirada.

Vera le habló en tono seco:

—Quería decirle algo con respecto a mi tío—le dijo en tono enérgico—. Conque ya sabes lo que quería contarte respecto a Rigal. Te he puesto al corriente de todo. Perdóname el abuso de confianza. Y ahora te ruego que no insistas diciéndome que me quede. Me quiero marchar ahora mismo.

—¿Pero cómo te vas a ir?—interrogó Luis suplicante.

—En uno de los coches.

—No hay ninguno, esta mañana—fué la respuesta salvadora de José Luis, que no veía el medio de retener a su amada—; se han ido los dos al pueblo.

—Hasta el pueblo puedo llegar a

caballo—afirmó Vera, y se retiró, sin mirarle, hacia Carlos, que venía por un extremo del jardín, dejando a José Luis sin aliento, sin saber qué hacer, viendo que su único amor iba a desaparecer.

Carlos le preguntó a Vera, por sus determinaciones con respecto a su hijo:

—Lo que me importa es no volver a hablar con José Luis. No tienes idea de lo que me ha hecho sufrir con su actitud, de lo que no me llegó a decir, pero sí a insinuar claramente. Te confieso, créeme, que sentí una gran desilusión.

—Pero tú tuviste la culpa, porque no le dijiste la verdad.

—Quería poner a prueba su cariño. Lo malo es que yo pensaba en nuestro destino y él sólo pensaba en su collar—contestó Vera, ofendida y casi con lágrimas en los ojos.

—Y, sin embargo, estoy seguro de que José Luis te quiere—le aseguró Carlos, viendo las lágrimas que pugaban por brotar de los bellos ojos de Vera.

—Pero yo no le quiero a él—afirmó Vera, sin poder contener una lágrima.

—¿Desde cuándo?

—Desde anoche. Desde que le entregué el collar. Estoy convencida. Su bisabuelo valía mucho más que él.

—Oye una cosa: su bisabuelo...

y su padre—rectificó Carlos riendo, y cogiéndole del brazo, la invitó a dar un paseo.

Vera y Carlos se alejaron, perdiéndose entre la obscuridad que inundaba el jardín; Vera le había aclarado algo a José Luis relacionado con su tío, pero no quiso atender a las súplicas y ruegos del joven, que pretendía justificar su actitud con respecto a las sospechas que en él nacieron al comprobar el robo del collar, considerándose profundamente ofendida.

Pero Carlos Almenaras sabía mucho mejor que su hijo lo que siente una mujer que se considera herida en su amor propio, y estudiaba los sentimientos que movían a Vera a tomar aquella determinación. Él vio como el amor fué haciendo presa en los corazones de ambos jóvenes, y mientras paseaba con Vera, con su gran visión con respecto a tales sentimientos, fué buscando una fórmula de arreglo a la actitud y el propósito tan enérgico que en ésta hacía mella, viendo que al producirse sería muy difícil de volver a verlos juntos.

Estaba casi en el convencimiento de que todo se arreglaría; las mismas lágrimas de Vera eran un síntoma infalible que le decían que el amor reinaba en su corazón, pero el carácter de Vera era, además de

muy sensible, rebelde ante una ofensa, que en aquel caso se la atribuía como dirigida a él mismo, haciendo que el problema planteado se le presentase áspero y difícil para resolverlo en el corto espacio de tiempo en que Vera había de permanecer en la casa del coto.

José Luis, por su parte, paseaba tumando y nervioso por el jardín, más confundido que Carlos ante la prontitud de la marcha de Vera, sin poder conseguir encontrar una fórmula que lo evitase, o un pretexto que justificara su conducta, arreglando la situación.

Mientras tanto, los momentos pasaban, viendo con dolor José Luis el fin de los preparativos de marcha que Rigal aceleraba, viendo que dentro de unos momentos Vera se vería envuelta en la noche oscura, volando en su coche hacia un lugar desconocido, perdiéndose en la inmensidad de la carretera que llevaba a la marisma, esfumándose como lo hicieron sus fantasmas, desapareciendo para siempre de su imaginación calenturienta, dejándolo olvidado y lleno de dolor cuando creía haber conseguido captar esa imagen y hacer de ella la mujer dueña de su corazón.

José Luis, impotente ante la enérgica decisión de Vera, se vió lleno de energía al ver la imagen que le

hablaba del dolor de perder ese fantasma real que tanto tiempo esperó, y dispuesto a recurrir a todo para impedir que tal hecho se realizase.

—Estamos todos de marcha, por lo visto—le decía Max a Eloísa, viendo los preparativos de Rigal.

—¿Se va usted también?

—Sí señora. Esta noche.

—El incidente ha sido de los más desagradables.

—Nos ha quitado el humor a todos—afirmó Rigal, tomando parte en la conversación.

—Yo no lo he perdido. ¿Y tú, Clarita?—le preguntó Eloísa a su hija con segundas, viendo que el terreno iba a quedar libre para sus planes.

Clarita contestó muy triste, contradiciendo lo que decían:

—Tampoco, mamá.

—Pues me despido de ustedes, porque soy el primero que se va. Mi querido barón...

Max le alargó la mano, pero Rigal, en vez de estrecharla, saltó sobre ella con una agilidad increíble en él, y en dos segundos le puso unas esposas.

—¿Qué hace usted?—interrogó, ofendido, el barón.

Rigal, cambiando como por encanto su voz y su expresión habitual, le contestó con energía:

—Nada de escándalo. Arlette nos espera en el despacho. Venga usted.

Max no contestó; quedó consternado y siguió a Rigal.

—¿Has visto, Clarita? ¿Lo has visto bien? ¿Eran unas esposas... o un reloj de pulsera?—preguntó Eloísa a su hija, dudando ante hecho tan extraño.

En el despacho, Rigal les dio una pequeña aclaración:

—Hizo usted mal, amigo Max... en presentarse en la estación para tomar el mismo tren que la señora condesa. Esto me decidió a acompañarla. Hacía tiempo que tenía noticias de usted y deseaba conocerle. Y ahora, ya ve, nos hemos hecho tan amigos, que somos inseparables.

—Entonces, ¿no es usted el tío de la condesa?—interrogó Max con un gesto de sorpresa.

—No, un modesto policía. Ni yo soy tío de la señora condesa, ni usted, Max, es el barón de Balmy... ni ese collar es auténtico—aclaró Rigal, mostrando el collar robado que Arlette le había entregado ya.

—Supongo que Arlette quedará pronto en libertad—interrogó Max con el último gesto de compañerismo o de bondad que aun había en él.

—Pues no lo sé, francamente. ¿Qué cree usted, señorita Arlette?

MISTERIO EN LA MARISMA

Arllette, viéndose caída en la trampa, como caen tarde o temprano todos los malhechores, pensaba en ella, en una posible conmutación.

—¿No me oyes? ¿En qué estás pensando?—preguntó Rigal.

Arllette le contestó con humildad:

—En nada. Pensaba que, como dice usted que el collar es falso... Pues la restitución hubiese sido para mí...—un sollozo ahogó sus últimas palabras.

EL SUEÑO...ES REALIDAD

TRISTE y pensativa, Vera se dirigía a la escalera del salón; venía de la galería superior de la casa. José Luis, al verla, se dirigió a ella:

—Te iba buscando. ¿Adónde vas?

—Voy al pueblo a caballo. Tengo que cambiarme —le contestó pensativa Vera, sin detenerse.

—Bueno. Te espero para acompañarte —le dijo José Luis con naturalidad.

—No, prefiero no despedirme de ti.

—¿Despedirte?

—Me marcho definitivamente —le aseguró Vera—. Tu padre lo sabe ya.

—Sí, mi padre sabe muchas cosas que tú le has contado. Yo tam-

bién las sé ahora. Vengo de hablar con él. Pero lo que ignoráis los dos es que no pienso dejarte marchar.

—¡José Luis!... —exclamó Vera al ver que éste, puesto delante de las escaleras, no la dejaba marcharse.

—¿Qué?

—Te ruego que me dejes pasar —ordenó Vera poniendo un gesto adusto forzado, y queriendo mostrarse muy seria.

—¡No! —fue la respuesta tajante de José Luis, al mismo tiempo que intentaba abrazarla.

—¿Qué haces? —preguntó Vera, fingiendo ofenderse.

—Ya lo ves. Sujetarte así, para que no te vayas. ¿Sabes por qué? Porque te quiero.

—Suéltame—le pidió Vera en tono más suave.

—Te suelto, pero no podrás huir de mí. Te seguiré a todas partes, adonde quiera que vayas. Ya sé que me quieres. Hace cien años que te espera esta casa. Yo sabía que tenías que venir y también te esperaba.

—¡Déjame!—exclamó Vera, y soltándose bruscamente, huyó, refugiándose en el salón del cuarto cerrado.

—¡Vera! ¿Qué haces? ¿Dónde estás?—preguntó José Luis, que por la rapidez de la huida no había podido comprobar el sitio en que se había metido.

—Estoy aquí—le indicó Vera, asomándose a la puerta del salón.

José Luis quedó parado, evocaba un recuerdo.

—No entraba en este cuarto desde que era niño. Apenas lo recuerdo—murmuró José Luis.

Vera le llamó y le invitó a seguirle.

Por fin José Luis oía la voz de Vera que le llamaba, aquietando todos sus temores ante la separación que parecía inmediata.

Le llamaba ella, la mujer que tanto esperó; por fin desaparecía el fantasma; ahora era la voz de la realidad que, desde la puerta de aquel cuarto misterioso, del cual un

día huyó asustado, le llamaba con amor, haciendo que todas sus quimeras se convirtiesen en realidad y dicha.

José Luis no pudo encontrar una fórmula para conseguir aquella felicidad que le embriagaba al volverse a sentir llamar por Vera; todas sus conjeturas para conseguir aquel resultado habían fracasado, sin encontrar el medio que le volviese a abrir el corazón rebelde de la mujer que amaba, y ahora, espontáneamente, con sólo usar de la energía a la cual su verdadera pasión le daba derecho, veía roto aquel hielo, disipando aquella nube que amenazaba con volver a disipar su amor, lo mismo que borró tantas veces de su imaginación, la visión que tantas veces creyó ver en sus días de espera febrosa, esperando anhelante a la que un día había de venir a ofrecerle su amor en la soledad y la inmensidad de la marisma.

El amor había vencido todas las dificultades que estaban creadas para los dos: tiempo, distancia y hasta las mismas palabras que él pronunció, hiriendo los sentimientos de Vera, el amor volvía a demostrar que su influjo es muy poderoso, cuando como en este caso, hace o consigue hacer mella en dos corazones, siendo entonces capaz de vencer todos los obstáculos, allanar to-

das las dificultades, sintiéndose poderoso y fuerte al verse correspondido.

José Luis veía muy lógica y justificada la actitud de ofendida en la cual Vera se había situado, pues sus palabras hubiesen herido con más fuerza que en ningún otro caso, en un corazón tan delicado y susceptible como es el corazón de una mujer enamorada, y lo sentía con más fuerza ahora en que se veía llamado e invitado por ese corazón dolorido en lo más hondo, rebosante de emoción y felicidad ante la actitud de legítima defensa que su amor que era José Luis, había adoptado, dispuesto a todo para desagradarla y tener un puesto principal en él.

Vera, con plena felicidad, le iba explicando y aclarando detalles del misterio que les había vuelto a unir, renovando una lejana y romántica historia de amor. José Luis, sin acortar a hablar ante la dicha que le embriagaba, la contemplaba con amor, sin dar crédito a la inmensa felicidad que tenía presente.

—Es un cuarto muy grande, todo en sombra, abandonado. Debió ser muy bonito. Aquí, en este rincón,

hay un retrato—le explicaba Vera a José Luis—. Miralo. Tú lo conocías, pero lo habías olvidado.

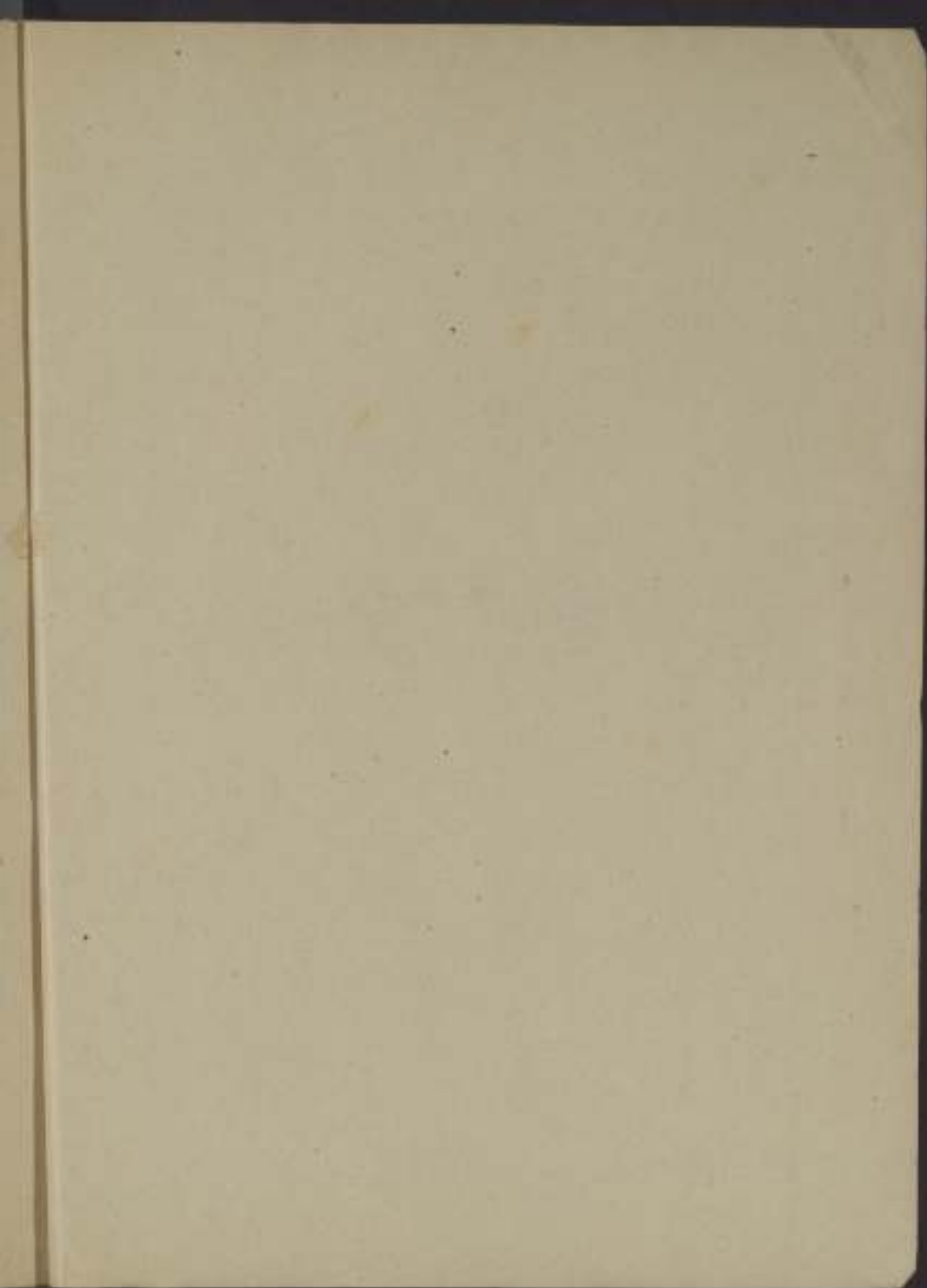
—Lo vi una vez, una sola vez. Ahora lo recuerdo. Había el mismo silencio que en este momento. La misma paz. No se oía pasar el tiempo, porque el tiempo había muerto. Tuve miedo de esta soledad y hui gritando. Vera... no me dejes solo ahora. ¿No sientes que nos une todo un mundo? Hace muchos años pasó por aquí la felicidad—le suplicaba José Luis, mirándole a los ojos, enamorado; por el recuerdo, por el sueño y la realidad del pasado y del momento.

—Sí—contestó Vera—, hace muchos años pasó por aquí la felicidad.

—Nadie sabe por qué caminos misteriosos vamos andando. Aquellos, los de nuestros bisabuelos, no llegó a realizarse, para que tú y yo, al cabo del tiempo, pudiéramos quedarnos.

Y abrazando a Vera se adentraron en la obscuridad del cuarto cerrado. Había sido aclarado el misterio de la marisma. La felicidad y el amor reinaba en la casa del coto.

FIN





2^{SO} Ptas.

DE ALTA CALIDAD
Papel, Tel. 211.1111